

LA LEYENDA DE UN PLANETA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

La leyenda de un planeta

A. Thorkent

La Conquista del Espacio/566

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B.13.388-1981
Impreso en España – *Printed in Spain*

1ª edición: junio -1981

CAPÍTULO PRIMERO

Ruben Marell caminó por el suave césped, ladera abajo.

Sonreía y tenía la mirada fija en la figura femenina que permanecía sentada junto al arroyuelo, en el cual mojaba los pequeños pies.

Se detuvo y miró a la chica. Era muy bonita. Esbelta. Sus cabellos negros caían por la espalda hasta la cintura. Al volverse un instante supo que tenía los ojos verdes, profundos.

Ella le miró y él continuó acercándose al arroyuelo, sin dejar de sonreír.

La chica sacó los pies del agua y pareció asustarse ante su proximidad.

—Hola —dijo Ruben levantando una mano para saludarla.

La vio retroceder.

—Eh, no tengas miedo.

Pero ella se volvió y echó a correr.
Después de maldecir en voz baja, preguntándose por qué la chica parecía asustada ante su presencia, Ruben corrió también. La chica saltó por el arroyuelo y aumentó la velocidad de su carrera. Parecía flotar en el aire.
Cuando Ruben llegó junto al delgado curso del agua se detuvo y soltó un grito.
El transparente líquido se había transformado en algo sucio y de nauseabundo olor. Incluso las verdes hierbas parecían pudrirse a simple vista.
Asustado, retrocedió unos pasos, Pero al levantar la mirada y ver que la chica estaba a punto de perderse de su vista, corrieron por la suave pendiente de la ladera cercana, se decidió y saltó sobre, la franja oscura y pestilente que poco antes había sido un transparente arroyuelo.
Al caer en el otro lado estuvo a punto de golpearse con las rocas. Ya no había césped ni macizos de hierbas. Sólo rocas y arena, grietas que tenía que sortear para no hundirse en ellas.
La chica estaba en lo alto del otero y por un instante se detuvo para mirarle. Aunque no podía escucharla, por sus gestos adivino que se estaba riendo de él. ¿Por qué? El sólo quería hablar. Incluso decirle que era muy bonita y que aquel lugar era maravilloso, idílico.
Miró en torno. ¿Cómo había podido parecerle aquel sucio paisaje algo encantador cuando sólo había rocas y arena? Y el olor desagradable que procedía del torrente de sucias aguas más intenso a cada instante.
Echó a correr y notó que la ladera se hacía a cada metro más empinada. Cuando llegó arriba jadeaba y la chica ya no estaba. Confundido, miró al otro lado. Delante se extendía un desierto inmenso, gris y tenebroso. El cielo había dejado de ser brillante, azul. Se mostraba sobre él oscuro, lleno de nubes negras. A lo lejos rugió la tormenta.
Y no descubrió el menor rastro de la chica.
Caminó vacilante, sin rumbo fijo. Su confusión seguía en aumento. ¿A dónde dirigirse? Debía saberlo, al menos creía saberlo poco antes, cuando caminaba por aquellas llanuras

llenas de pastos, de hierbas densas y rabiosamente verdes, que más bien parecían un césped. El constante trinar de los pájaros multicolores había desaparecido y de vez en cuando percibía el aullido de alguna alimaña.
La tormenta seguía acercándose. Miró con ansiedad a su alrededor, buscando un refugio que iba a necesitar pronto, cuando comenzase a llover.
Cayeron las primeras gotas, gruesas y calientes, cuando se dirigía a una pequeña muralla de piedra, escarpada y con innumerables hendiduras. Seguramente allí hallaría algún refugio. Claro que también, algún animal salvaje podía haber pensado lo mismo que él y podría servirle de comida mientras la bestia esperaba que la tormenta pasase.
Se detuvo delante de una gruta, temeroso. Si al menos tuviese un arma...
Pero cuando la lluvia cayó torrencial, no lo dudó más y entró.
La cueva era pequeña y húmeda. Encendió un fósforo y estudió con aprensión las oscuras paredes de granito. Revisó el suelo y no descubrió ningún resto de excremento animal. Al menos no se trataba de un cubil. En el fondo encontró ramas secas que tal vez el viento había depositado allí hacía tiempo. Reunió todas las que pudo y formó una pira, que encendió ávidamente.
Estaba empezando a hacer frío y fuera de la gruta la lluvia caía cada vez con más fuerza y densidad.
¿Cómo había llegado hasta allí?
Se lo había preguntado varías veces y de nuevo se hacía tal pregunta, mientras encendía un cigarrillo.
Aquello era ilógico. Las cosas no podían cambiar tan bruscamente.
Mientras recorría aquellos lugares de encantadora belleza, con un cálido sol luciendo en un cielo azul y respirando un aire agradable y aromático no se había entretenido a pensar que su presencia allí no era normal. En cambio ahora, cuando había perdido todo aquello y se hallaba sentado en el fondo de la cueva, avivando una hoguera y maldiciéndose, las preguntas afluían a su mente.
No sabía qué lugar era aquél ni tampoco por qué estaba allí.

Además, se repetía por décima vez, las cosas no pueden cambiar tan bruscamente. Algo hermoso no puede trocarse en segundos en horrible.
Y todo comenzó cuando descubrió a la chica junto al arroyo. Al hablar empezó el cambio. ¿Acaso había cometido una grave falta?
¿Quién era la chica?
Por supuesto, era la primera criatura humana que había visto en aquel lugar.
Pero ¿qué lugar era aquél?
¿Otro planeta? ¿En otro sistema? Podía ser aquella la respuesta, pero al menos debía recordar cómo había llegado y para qué.
—Me llamo Ruben Marell, ciudadano terrestre, hombre importante de negocios, constructor de naves estelares y...
Se detuvo. ¿Qué más podía agregar?
—Puedes incluir que eres el prometido de la bellísima Iris Duarte.
Ruben se volvió asustado. No por el tono de la voz, sino porque hasta entonces había creído estar solo en la cueva.
Aquella voz era de una niña y procedía de la derecha.
Tomó unas ramas y trató de alumbrar la zona de donde había salido la voz.
—Hola —dijo la misma voz.
Una niña salió del otro lado de las rocas.
Le sonrió a Ruben y éste quedóse mirándola estupefacto.
Las ramas encendidas cayeron de sus manos, a sus pies.
La niña anduvo alrededor de la hoguera y se sentó junto a ella, extendiendo sus manitas al fuego.
—Hace frío —dijo en medio de una sonrisa—. Hiciste bien en encender fuego, Ruben.
Marell se acuclilló frente a ella, al otro lado del fuego. La observó fijamente. Tendría unos ocho o diez años. Era alta y espigada de piel sonrosada y mirada viva. Sus ojos parecían bailar incansablemente, como un par de rubíes redondos y brillantes. Su cabellera rubia parecía de oro al reflejo de las llamas.

—¿Estabas aquí cuando entré? —preguntó Ruben. La niña se restregó las manos y le miró sonriente.
—Bueno... —titubeó—. Digamos que sí. Vamos, pregúntame de una vez cómo me llamo. Es lo usual en estos casos.
—Creo que... Creo que antes debería presentarme yo, ¿no?
—Hazlo, pero sé que te llamas Ruben Marell.
—¿Quién eres tú?
—Eso no es preguntar mi nombre, sino una pregunta demasiado amplia. En ella quieres saber demasiado. Como por ejemplo, qué hago aquí.
Ruben meneó la cabeza. Encendió otro cigarrillo.
—Dime cómo te llamas —dijo con voz quebrada.
—Rose.
—Rose —repitió él—. Una rosa en un mundo donde dejaron de existir flores hace unos instantes.
—Pero me gusta que me llamen Rose.
—Lo haré —asintió él y siguió fumando.
La niña hizo un gesto de desencanto. —Creí que ibas a preguntarme más cosas.
—Tengo un montón de preguntas, pero no sé con cuál empezar.
—Da igual. Elige una cualquiera.
Ruben suspiró.
—Está bien. Dime dónde estoy.
—Conmigo, en una cueva.
—¿Es real?
—¡Claro que sí! Si no lo fuera nos empaparía la lluvia. Ruben, creo que ha sido una pregunta tonta.
—Es posible, pero a veces pienso que estoy soñando y esto es una pesadilla —la miró, sonrió y se apresuró a añadir—; Pero un sueño contigo no puede ser una pesadilla.
—Eres muy amable. Flavia ya me dijo que eras, un tipo encantador.
—¿Quién es Flavio?
—La chica del arroyo.
—¿Esa morena guapa y esbelta?
—Sí. ¿Te gusta? —preguntó Rase con ansiedad.

—La verdad es que no la vi dé cerca. Huyó cuando me acerqué.
—Estaba previsto.
—¿Por qué estaba previsto?
—Porque tenemos que convencerte para que cambies tus planes, Ruben.
—No entiendo nada...
—Es sencillo. Hemos querido demostrarte que lo que has emprendido nos perjudicará.
Ruben se encogió de hombros.
—Lo siento, pero no comprendo en absoluto.
Rase dio muestras de empezar a perder la paciencia.
—Es fácil. Allá en tu planeta, en la Tierra, estás financiando un proyecto en el cual inviertes casi toda tu fortuna.
—¿De veras? —preguntó Ruben irónicamente, empezando a divertirle la situación. No seré tan loco como para invertir todo mi dinero en un solo proyecto. Eso no lo haría nunca.
—Quieres engañarme —protestó ella—. Te demostraré que no podrás hacerlo, escucha.
—Soy todo oídos.
—La competencia en la fabricación de naves estelares es cada vez mayor. La Tierra y el Sistema Solar no mantienen la exclusiva monopolística que gozó desde hace tiempo. El Orden Estelar, no puede permitirlo y en otros puntos de la galaxia se fabrican naves iguales que las que salen de los astilleros solares.
—Bueno, eso es casi cierto, pero todavía la competencia no es alarmante.
—Escondes la cabeza en la tierra como un avestruz —los ojos verdes de Rose se iluminaron—, ¿Sabes que una vez vi en la Tierra a los avestruces?, Eran unos pájaros grandes muy interesantes y…
—Estabas hablando de mis negocios —le recordó él.
—Es cierto. Tú sabes que la navegación por el hiperespacio no, es suficiente, sino que es preciso algún medio más rápido. Podemos decir que desde siempre tu ambición, como fue la de tu padre, se centró en la fabricación de un medio de impulsión

capaz de acelerar una nave constantemente mientras navega por el hiperespacio y siga manteniéndose en el mismo plano temporal.
—Es una vieja teoría, nada más —murmuró Ruben empezando a preocuparse. ¿Cómo sabía aquella niña todo aquello y le hablaba con aquella suficiencia que rayaba en la pedantería para su edad?
—Pues bien, Ruben Marell, mi misión es advertirte que debes abandonar esos proyectos. Lo que pretendes es irrealizable con los conocimientos que disponen en la actualidad los ingenieros a tus órdenes.
—¿Eso es todo? No olvides que yo también soy ingeniero y que puedo conocer perfectamente cuáles son las posibilidades de mi equipo, de investigación. Seguramente dentro de poco tendremos que enfrentamos a una decisión importante. Y será cuando iniciemos la investigación para desarrollar una nave que acelere en el hiperespacio y que, no se conforme con la impulsión superlumínica lograda al abandonar el espacio normal. Pero por el momento no existe ese proyecto.
La niña le miró asustada.
—¿Quieres decir que no estáis trabajando ya en la construcción del prototipo, la Quasar?
—¿Quasar? —rió gravemente—. Ni por asomo hemos pensado en ello. Claro que con un navío semejante deberíamos experimentarlo viajando a las lejanas quasares y conocerlas a fondo. Algún día la galaxia se nos quedará pequeña.
Se detuvo al verla con el ceño arrugado.
—¿En qué piensas? —le preguntó, algo preocupado al verla sin su encantadora sonrisa.
—Estoy confundida, Ruben.
—¿Por qué?
—Sé que no mientes cuando afirmas que no estáis trabajando en el proyecto Quasar. Y Flavia me dijo que ya deberíais estar terminándolo.
—Pues ya somos dos los que no entendemos nada —suspiró —. Y en cierta forma, me alegra, porque empezaba a temer que me estaba volviendo loco. Heme aquí hablando con una

mocosa que se expresa con insolente suficiencia y me pide que la deje en paz.
—¡No he dicho que me dejes en paz! Te he pedido que nos dejes tranquilos.
—¿A quiénes?
—A mi pueblo, a las gentes de mi planeta. Y tú piensas ir allí en la nave que se llama Quasar I, como el proyecto que la concibió. Oh, Ruben. En sí la consecución de la nave no es peligrosa, pero sí lo será que vayas a mi mundo. Por favor, déjanos en paz.
Ruben se puso al lado de la chiquilla y por unos segundos se acordó de la llamada Flavia y de cómo ella huyó de él y entonces empezó a cambiar todo. Temió que algo inusitado volviera a suceder.
Le tomó una mano y se la acarició.
—Yo nunca te haría daño a ti. Ni tampoco a nadie de tu pueblo. ¿Cómo podría hacer daño a alguien si ni siquiera sé quiénes son ni dónde viven?
—Pero lo sabrás. Ellos te lo dirán.
—¿Quiénes son ellos? Por favor, te ruego que dejes de hablarme con incógnitas.
—Son los que te sugirieron una ruta, una meta...
Rose se calló y se puso en pie, librándose bruscamente de la mano de Ruben que sujetaba la suya. Sorprendido por la reacción de la niña, el hombre también se incorporó.
—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado, al verla con la mirada perdida, como ausente.
Rase se volvió hacia él, ahora con los ojos muy abiertos.
Movió los labios y dijo con tono plañidero, como pidiendo disculpas:
—Oh, lo siento. Flavia me acaba de decir que hemos cometido un grave error, que aún no llegó el momento. ¡Todavía quedan años para que tú comiences a construir el Quasar I!
Ruben sintió frío y retrocedió un paso. Luego otro, hasta que sintió contra su espalda la aspereza de las rocas.
—¿Qué eres tú y qué poderes tienes, pequeña?
Rase no le respondió. Dio media vuelta y salió corriendo de la

cueva, perdiéndose en la oscuridad de la cerrada noche lluviosa.
Ruben reaccionó unos segundos más tarde y abandonó el techo protector de las rocas. La lluvia seguía cayendo torrencialmente. Sintió que se calaba hasta los huesos. El suelo era fangoso y borraba rápidamente las huellas de la niña, que pudo descubrir a la luz de los relámpagos. Pero antes de que el agua hiciera desaparecer las menudas pisadas, se aseguró que éstas no iban más allá de metro y medio de la cueva.

CAPÍTULO II

Hizo girar la silla y se levantó muy despacio. Acercóse al ventanal y pareció mirar a través de él, mientras se rascaba despacio la barbilla, pensativo.
El doctor Hallison se enfrentó a su paciente, con el ceño arrugado.
—No será preciso que recurra a los registros, amigo Ruben, para estar seguro que acabas de repetirme lo que me contaste hace unos tres años. ¿Me equivoco?
Ruben Marell negó con la cabeza.
Hallison dio la espalda a la gran ventana y retornó a su asiento.
—Has vuelto a tener el mismo sueño —murmuró.
Tomó un cigarrillo largo y negro de una caja y lo encendió. Durante unos segundos observó el ascenso del humo.
—Así es. Pero esta vez fue algo más largo.
—¿Te refieres a que la niña no desapareció en la tormenta?
—Sí. Ella no admitió haberse equivocado en esta ocasión.
Ha sido otra pequeña diferencia.
Ruben se secó el sudor de la frente. Sentía calor pese a la perfecta climatización del apartamento de su amigo Hallison.
Había querido verle allí y no en su consulta privada. Le hubiera sido imposible soportar la espera en la sala, junto con los demás tipos que eran sus pacientes, en su mayoría gente rica llena de manías y enfermedades mentales producidas por el hastío

—¿Por qué no te ha acompañado Iris? —preguntó Hallison mirándole fijamente.
Ruben bajó los ojos.
—No le he contado nada... aún.
—Pero me has dicho que te despertaste gritando e inundado de sudor. ¿No se asustó ella también?
—Está fuera de la ciudad. Legará esta noche.
Hallison asintió y en aquel gesto Ruben creyó percibir una elocuente afirmación, que no le gustó.
—El primer sueño lo tuviste poco antes de casarte —dijo Hallison pensativamente—. Entonces no le dimos demasiada importancia.
—Yo si se la di. Fue algo muy vivo. Nunca soñé nada tan real fue como si realmente hubiera vivido unas extrañas horas en un horrible planeta.
—— Que inicialmente fue un paraíso, ¿no?
—Exactamente. Pero se transformó rápidamente en un infierno.
—Pero la chica no era ningún demonio y la niña se asemejaba más a un ángel, ¿no es así?
—Ellas no estaban en su elemento.
—Y aseguras que todo fue igual anoche.
—Fue una copia mi paseo por aquellos prados, la chica refrescándose los pies en el arroyo, su huida y mi carrera hasta ella. Entonces comenzó el cambio y el cielo se ensombreció. La tormenta me sorprendió y yo me refugié en esa cueva. Y allí estaba Rose y dijo lo mismo que la otra vez.
—Pero no admitió haberse equivocado como la vez anterior. ¿Ella dijo que se había confundido de fecha o de lugar?
—No lo se con seguridad. Entonces me pidió disculpas y escapó. Pero sus huellas desaparecían en el suelo apenas a un metro.
—La lluvia las borraría...
—No. Yo las vi por un momento, antes que el agua las borrara. Me dio la impresión que Rase se había esfumado en el aire.
—Y en esta ocasión Rase no recibió la advertencia de Flavia, ¿no?
—Claro. Siguió hablando y entonces todo fue nuevo. Era como

si la otra vez la escena no hubiera estado completa. Insistió en que desistiera de mis...
Al callarse, Hallison dejó de moverse en el sillón y quedóse con el cigarro cerca de los labios y observándole con interés.
—Sigue. ¿No tienes confianza en mí? —su voz sonó molesta —. Tengo que conocer todos los detalles si pretendes que descubra el misterio que encierran tus sueños.
—No tiene nada que ver con el sueño... Bueno, al menos eso creo yo. Son asuntos privados de mi compañía. De todas formas a ti si puedo decirte algo. ¿Conoces en lo que he estado trabajando estos dos últimos años?
—Creo que se trata de algo muy importante. Tus astilleros en Marte están cerrados a cal y canto. Allá, en esa órbita, se está construyendo una nueva nave que, según dicen las murmuraciones, revolucionará la actual técnica estelar.
—Se trata del proyecto Quasar I —dijo Ruben roncamente—. ¿Comprendes?
—¿Quasar I? —esta vez Hallison no supo disimular su asombro —. De eso habló la niña en tu primer sueño.
—Y también en el segundo. Hace tres años el proyecto apenas era una nebulosa y ni siquiera sabía yo cómo iba a llamarlo. Pero doce meses más tarde teníamos que darle un hombre y fue Iris quien propuso que la denomináramos Quasar. Y ella también insistió que la nave se llamase así —suspiró y añadió como si le dolieran las palabras al pronunciarlas—. Quasar I es una realidad, una maravillosa nave que usaremos para viajar al otro lado de la galaxia, a la más cercana Quasar conocida. Al menos eso era lo que yo me proponía hacer para demostrar a todo el mundo que con el nuevo sistema de impulsión constante teníamos a nuestro alcance otras galaxias.
—¿Qué sucedió? Noto que quieres decirme que algo cambió tus planes.
—Se trata de Ben.
—¿Benjamín Duarte, el hermano de Iris?
—Sí, mi cuñado. Llegó hace unos días, creo que ocho, proponiéndome un cambio en nuestro destino para probar Quasar I. No iríamos tan lejos, sino a sólo cincuenta millones de

años luz.
—¿Tan sólo? ¿Bromeas? —exclamó Hallison divertido—. Ni siquiera en los tiempos del Gran Imperio se llegó tan lejos.
—Es una forma de expresarme. Ben me aseguró que allí encontraríamos una región desconocida, que él había conseguido unos datos que le indicaban la situación de un planeta que durante años ha sido una leyenda, incluso desde los tiempos del Gran Imperio. Ni siquiera el Orden Estelar, con todo su poder y maravillosas naves exploradoras, computadores y almacenes de datos antiquísimos, ha logrado averiguar dónde está en esta galaxia, o en otra, el planeta Khrisdall.
—Sigue —le instó Hallison.
—En el primer sueño, la niña no tuvo tiempo de mencionar cuál era su mundo, pero anoche, cuando estaba a punto de terminar esa pesadilla y despertarme en mi lecho, sudando, me dijo que yo no debía permitir que el Quasar llegase a su mundo, al planeta Khrisdall.
Hallison hubiera querido en aquel momento reproducir el relato de su amigo, que tenía grabado. Aunque suponía —que Ruben sospechaba que él grababa todas las conversaciones de sus pacientes, era un hecho que nunca había confirmado. Pero recordó que poco antes Ruben le había dicho que la niña de sus sueños llamada Rose había pronunciado el planeta Khrisdall. Pero él no le había prestado atención porque incluso entonces aquel nombre no le significó nada.
Sintió un poco de dolor de cabeza y disimuladamente tomó una píldora que se la llevó a la boca, rugando que Ruben no se diese cuenta que él estaba casi tan confundido como el paciente.
A su mente llegó un cúmulo de recuerdos y asociaciones de ideas. Rose, Flavia y ahora Khrisdall. Separadamente no le decían nada, pero unidas esas palabras despertaban hechos sucedidos en la Tierra no hacía mucho tiempo.
—Ciertamente —empezó diciendo lentamente, tratando de insuflar a sus palabras una calma que ya no sentía— en algunos círculos muy especiales, de estudiosos de la historia

del Gran Imperio, su caída, caos siguiente y nacimiento del Orden Estelar, el planeta Khrisdall ha supuesto el equivalente para nosotros como fue Shangrila para los que vivieron en la epoca preimperial.
»Muchos aseguran que no existe y otros son fanáticos al afirmar que es una realidad. Se ha especulado bastante y creo que sólo el Alto Mando del Orden dispone de registros interesantes. ¿Qué dicen esos registros? Son secretos y por el momento no piensan divulgarlos. Pero si tu cuñado Ben afirma que existe deberá aportar pruebas de que es cierto. ¿Quién le ha proporcionado los datos? ¿De dónde sacó tal información y cómo?
—Ben dice que no puede explicarme nada mas. Pero que me da toda clase de garantías de que dice la verdad, que está seguro que en las coordenadas que ni siquiera me ha mostrado, salvo unos escasos datos, está Khrisdall
—¿Y tú has accedido a cambiar tus planes de probar tu nave viajando a un quasar con tan escasos datos?
—Me es igual ir a un sitio que a otro. Y también está Iris, que apoya a su hermano, y una vez que yo le insinué que Ben estaba loco, ella se puso fuera de sí. Accedí porque la quiero, Hal.
—Lo comprendo —dijo Hallison, aunque realmente no estaba de acuerdo con la postura de su amigo. Desde su matrimonio con Iris presentía que las cosas no iban demasiado bien para los negocios de Ruben.
La compañía constructora de Ruben presentaba malos indicios últimamente, que nadie se explicaba. Ahora Hallison comprendía la delicada situación financiera. Si Ruben dedicaba todo el potencial económico y laboral de su empresa en la construcción del prototipo y descuidaba ganar dinero... El fracaso de Quasar I podría significar, el fin del imperio industrial que inició el padre de Ruben y él aumentó en pocos años.
—Creo que no comprendes nada, Hal —dijo Ruben moviendo la cabeza—. A los pocos días de dar mi consentimiento para viajar a las extrañas coordenadas de Ben y darle a éste los poderes suficientes para disponerlo todo, vuelvo a soñar lo que

hace tres años me inquietó tanto. ¿Qué puedo hacer, Hal? ¿Qué significa esto?
—Si temes que el sueño ha sido una advertencia, desiste.
— Ruben soltó una carcajada.
—¿Cómo? ¿Qué pensarían de mí si ahora salgo diciendo que porque lo he soñado, porque me lo ha pedido una rubia niña con cara angelical, no viajaremos a ese lugar donde Ben afirma está Khisdall? ¡Me tomarían por loco!
—Es una situación delicada…
—Quiero tu consejo.
—Dame tiempo. Tengo que estudiar el caso.
—No hay mucho. Iris regresará y saldremos en seguida hacia Marte. Allí nos espera Ben. Ayer recibí un mensaje suyo diciéndome que lo tiene todo dispuesto para el viaje. Incluso contrató una tripulación especializada, a la cual no le ha dicho adónde nos dirigiremos ni tampoco lo que es capaz de, hacer la nave Quasar I.
—¿Tan en secreto lo has mantenido todo?
—Sí. Desde otros puntos de la galaxia nos hacen una competencia brutal y no podemos permitir ninguna filtración. Si fracaso en esta aventura, si el Quasar I no responde, estoy arruinado.
—Hubiera sido muy sencillo desestimar desde el principio la sugerencia de Benjamín y hacer el viaje de experimentación a ese quasar que tú elegiste. Hubiera resultado muy propagandístico regresar diciendo que la nave llamada Quasar había visitado por vez primera un quasar.
—Eso lo dije, pero Ben me rebatió asegurando que nada nos daría tanta propaganda como volver del viaje experimental del mitológico Khrisdall.
—Debemos admitir que eso es cierto... en el supuesto que realmente exista Khrisdall —sonrió Hallison.
—Eso temía yo antes, pero al mismo tiempo recordaba vagamente el primer sueño y me decía a mí mismo que debía dar marcha atrás, decir que no a Ben, aunque Iris se enfadase —sonrió tímidamente—. La imagen de Rose no se había borrado. Ni tampoco la figura corriendo de Flavia. Ellas no

querían que yo viajase a Khrisdall. Y eso, Hal, al mismo tiempo me dice que es posible que Ben tenga razón, que realmente exista ese planeta y nosotros, gracias a la nueva nave, consigamos llegar a él. Si Ben está en lo cierto, está a cincuenta millones de años luz de la Tierra. Y él asegura conocer en qué dirección, en qué punto exacto.

—Debes obligarle a que te diga cómo lo averiguó.

—No lo hará hasta que estemos en el espacio. Hal, ¿me ayudarás?

—No sé exactamente cómo, pero lo intentaré. ¿Cuándo sales para Marte?

—Dentro de dos días.

—No me das mucho tiempo, pero te llamaré antes.

Ruben se levantó y preguntó con ansiedad: —Me gustaría que me anticiparas algo.

—¿Quieres saber si pienso que estás loco? —sonrió con amplitud—. Nada de eso. Los sueños suelen ser extraños y a veces no son más que la idealización de una serie de acontecimientos, muy antiguos o recientes.

»Creo que hace tres años debiste leer algo acerca de Khrisdall y fortuitamente soñaste que no debías ir allí. Ahora, cuando por diversas circunstancias estás a punto de viajar en busca de ese planeta, has vuelto a soñar lo mismo y tu subconsciente te ha jugado una mala pasada haciéndote revivir ese sueño, pero añadiendo algunos elementos que la primera vez no visionaste. Por ejemplo, sólo ahora has obligado a Rose que te hable de Khrisdall, como si fuera su mundo de origen.

—¿Es que se puede obligar a los personajes de los sueños a decir lo que uno espera?

—Estoy seguro. En el primer sueño no se mencionó Khrisdall pese a estar en tu subconsciente. Y cuando Ben te habló de ello tu mente empezó a trabajar con el pasado, más intensamente cada vez, hasta que surgió anoche el sueño que posiblemente no lo tuviste completamente, sino sólo parcial. Al levantarte surgió de golpe el primero y lo has confundido. ¿Puedo hacerte una pregunta, Ruben?

—Desde luego.

—¿Estuviste enamorado de alguna chica antes que de Iris?
—Hubo varias mujeres, desde luego. Pero de ninguna manera me enamoré. ¿Por qué lo preguntas?
—No sé. Rose puede ser la representación de la verdad, de la pureza. Me pregunto qué hacía en tu vida Flavia, una mujer bonita, pero no hermosa, según tú, como Iris. Y no te habló. Sólo huyó de ti y te condujo a la cueva en donde estaba Rose, la verdadera protagonista de tu sueño, para darte un mensaje.
Ruben entornó los ojos.
—Sabes más de lo que parece, Hal. Cuéntamelo todo de una condenada vez. ¿Insinúas que necesito un descanso?
—Eso nunca vendría mal —rió Hallison. Le empujó amistosamente hacia la salida y allí le dijo—: Tranquilízate. Debes tener calma. Te prometo que te llamaré mañana o pasado mañana.
Ruben asintió.
—Hazlo cuanto antes. Tengo que tomar una determinación.

CAPÍTULO III

La mujer que avanzó hacia él era explosivamente hermosa. Vestía mínimamente con elegancia, producto de los más caros modistos que dIseñaban sus modelos mediante computadoras después de un profundo estudio encefalográfico de sus clientes.
Iris abrió sus largos y suaves brazos y abrazó a Ruben Marell, besándole en la boca fuertemente. El hombre sintió la tibieza de los pechos y deglutió trabajosamente. La apartó y después de mirarla a los ojos negros y brillantes, dijo:
—Estás muy hermosa, querida. ¿Qué tal tus pequeñas vacaciones?
—Oh, muy bien. La prima Bess y sus nenas están estupendamente. Pero, cariño, te veo algo desmadejado. ¿Qué te ocurre?
—No tiene importancia. Tal vez sea el trabajo.
La tomó por la cintura y caminaron hacia el exterior de la sala

de espera del espaciopuerto transcontinental. Subieron a una cinta rápida que en pocos segundos les dejó junto al vehículo privado de Ruben.
—Deberías ver un doctor, cariño —dijo ella mientras se sentaba a su lado, cruzando las esbeltas piernas—. No quiero que enfermes cuando estamos a punto de partir hacia Marte.
Ben se disgustaría mucho si por cualquier causa los proyectos sufrieran un retraso.
Ruben puso el vehículo en marcha y tomó un carril de mediana velocidad, en dirección a las afueras de la ciudad, donde tenían su residencia en medio de los bosques.
—¿Qué pensarías si te digo que estos días he calculado la posibilidad de hacer un cambio en nuestro destino, Iris?
—¿Quieres decir que pretendes volver a tu idea original para probar Quasar I?
—Más o menos.
Ella entornó los ojos y le miró gélidamente.
—No te comprendo. Quedamos de acuerdo en que habías depositado toda tu confianza en mi hermano y él se iba a encargar de todo. Tú y yo sólo seríamos meros espectadores.
—Sí, claro. Lo recuerdo, pero han surgido cosas últimamente que...
Se calló. ¿Qué más podía decir? Los hermosos labios de Iris formarían una sonrisa al principio y luego ella se reiría de él cuando la dijese que quería cambiar el destino del viaje experimental sólo porque una niña se lo había pedido en sueños.
—Has perdido la fe en Benjamín —dijo Iris formando un rictus de despecho con sus sensuales labios.
Ruben la miró y se preguntó por primera vez desde que la conocía que tenía su esposa en su maravillosa persona que fuera realmente de ella. En Iris todo era perfecto, como si ella fuera el producto de una concienzuda elaboración, de un resultado de laboratorio. Corrientemente las mujeres con posibilidades económicas podían conseguir una gran figura y un bello rostro, pero siempre existía en ellas algún detalle que un experto podía descubrir, adivinando el perdonable fraude.

En todo el cuerpo de Iris no había el menor rastro que indicase que el bisturí del cirujano-modelador lo había profanado. Cuando una vez él la preguntó en son de broma si quedaba algo en ella que fuera original, Iris no se inmutó y le replicó que su madre la había parido así. Luego soltó una carcajada y añadió que sólo tenía arreglada la dentadura, ya que de jovencita parecía un caballo.
Ruben movió la cabeza. Se dijo que quería seguir enamorada de su mujer, pero hasta la perfección resulta monótona. Un cuerpo hermoso y un rostro bonito pueden formar un todo tedioso en algunos momentos. Tenía que admitir que Iris no se destacaba por su inteligencia, sino por su afán de lujos, por poseer joyas exóticas, casas palaciegas, asistir a fiestas y beber, tal vez esto último más de la cuenta.
Cuando la conoció no tenía idea que ella algún día le presentaría a su hermano Benjamín y que éste, con su cordial sonrisa y fácil palabra, se introdujera de tal forma en sus negocios que en la actualidad parecía ser tan dueño como él mismo de su organización.
No tuvo más remedio que contarle un día su proyecto. Ya lo conocía Iris y ésta le había asegurado que debía contar con la ayuda de Ben para que el secreto siguiera siéndolo y mantuviese alejados a los espías industriales pagados por la feroz competencia.
Conectó el piloto automático y dejó de conducir. Se volvió y los ojos, ahora fríos de Iris, cayeron sobre él. Secamente, la mujer dijo:
—No me has prestado atención. ¿En qué piensas que me olvidas?
—Lo siento. Estoy preocupado.
—Pues déjalo. ¿Te he dicho que Ben me llamó para decirme que todo está dispuesto? El Quasar I es una maravilla y cuando volvamos del viaje experimental nos lloverán las órdenes de naves con el nuevo sistema de navegación.
Ruben se sintió molesto.
—¿Por qué no me llamó a mí para decírmelo? Estaba esperando ese informe para marchamos a Marte...

—Ben me dijo, disgustado por cierto, que durante dos días ha intentado localizarte. Nadie sabía nada de ti, ni en la oficina ni en nuestra casa. Allí sólo estaban los robots. ¿Podrías explicarme dónde has estado?
Ruben se pasó la mano por la cara. El día anterior había estado con Hallison, contándole sus sueños y sus inquietudes. Pero el día antes lo pasó solo, presa de un extraño estado de nervios. Si le decía a Iris que se limitó a pasearse por la playa, sentarse y escuchar el rumor del mar no le Iba a creer.
—Dispuse algunas cosas, asuntos legales —empezó diciendo con poca convicción—. Luego me entrevisté con Hallison, comimos juntos y charlamos toda la tarde, tomando unas copas. Insistió en que me quedase en su casa y se me olvidó de dar el recado a los robots.
—Supongo que será eso, que no te liaste con alguna mujer —rió Iris, como si de ser verdad le resultase divertido.
Ruben se mordió una frase tópica en la que aseguraba que para él sólo existía ella. Recobró el mando del vehículo cuando el avisador le indicó que se aproximaban a su casa.
—Debemos aclarar lo del viaje, cariño.
—Lo dejaremos estar así, querida —susurró él—. Si Ben dice que todo está dispuesto, marcharemos a Marte pasado mañana.
—Esto será mejor. Creo que podríamos celebrarlo esta noche. Aún tendríamos tiempo de invitar a algunos amigos y...
—No. Mañana tengo un compromiso temprano y quiero estar despejado.
—Entendí que ya lo tenías todo terminado...
—Aún me queda una entrevista. Es importante.
—¿Con quién?
—Hallison.
—¿Por qué con ese tipo? Nunca me ha gustado Hallison.
Es doctor en psiquiatría, ¿no?
—Eso es.
—¿Acaso tú estás loco?
Ruben aminoró la velocidad y entraron en el jardín de la casa. El vehículo descendió sobre la vereda de cemento y se deslizó

suavemente. Se detuvo en el interior del garaje subterráneo y cuando ya una pareja de serviles robots se acercaban, dijo pacientemente:
—No estoy loco. Hallison es un viejo amigo. Estuvimos juntos en dos universidades y luego nos hemos estado viendo siempre. Nos apreciamos. ¿Tanto te molesta que nos demos una de esas ruidosas fiestas esta noche? Quiero descansar, si no te importa.
Ella salió del coche cubriéndose de dignidad. Dio un sonoro portazo y entró en la casa. Ruben lanzó un suspiro y entregó la llave del portaequipajes a un robot con múltiples brazos.
De mal humor siguió a su esposa.
Interiormente se decía que tenía enormes deseos de ver a Hallison al día siguiente.

* * *

Tom Hallison se acomodó en el sillón mientras la habitación se aislaba totalmente del resto del edificio. Se giro y se situó delante de la gran pantalla que ocupaba toda una pared de su despacho. Entonces apretó el conmutador y dejó paso a la emisión.
En la pantalla apareció un hombre de cabellos blancos, sentado en un amplio sillón. Cruzó las piernas y miró durante unos instantes a su interlocutor.
—Hola, Hal —dijo con templada voz.
—Me alegra verte, legislador Parker —sonrió Hallison.
—Supongo que esta comunicación será imposible de interferir.
—Desde luego. Lo he dispuesto todo. ¿Tanto temes a tus enemigos políticos?
—Es posible que nuestra conversación sea banal, pero cuando tú me llamas con tanta urgencia siempre termino pensando lo peor.
—¿Por qué, Parker?
—Oh, vamos, amigo Hal. No te hagas el tonto. Sé que te debo varios favores.
—Bastantes.

—Ajá. Por tu condición de terapeuta recibes estimables confidencias de tus pacientes. Y reconozco que algunas informaciones han sido importantes para mí. ¿Ha llegado el momento de devolverte esos favores?
—Tal vez —Hal arrugó el ceño. Pausadamente encendió un largo cigarro y exhaló unas bocanadas—. Demonios, Parker. ¿Cómo has adivinado que en esta ocasión no voy a darte ninguna información, sino que yo espero que tú me des algunos datos?
El legislador Parker descruzó las piernas y miró a Hal de soslayo.
—Ten cuidado, Hal —dijo Parker—. No creas que yo tengo acceso a todos los niveles. Existen límites...
—Espera un momento antes de empezar con negativas. Se trata de un buen amigo mío que parece estar en un aprieto.
—¿Quién es? ¿Le conozco?
—Lo siento —rió Hal—. Aunque no lo creas, yo tengo mi ética. No puedo revelarte su identidad.
—Es conmovedor en ti semejante gesto. Bien, dime lo que sea.
—Tú eres el legislador de Asuntos Estelares y creo que podrías decirme todo lo que sepas acerca de Khrisdall.
Parker tardó unos instantes en responder.
—¿Khrisdall? ¿Qué es eso? No entiendo...
—Vamos, hombre. Sabes muy bien que se trata de un planeta.
—No soy una computadora. Ahora mismo nada me dice ese nombre.
—Alguna vez habrás oído hablar de la leyenda, ¿no? Parker abrió las manos y sonrió ampliamente, como un niño cogido en una pequeña travesura.
—Está bien. No voy a negarte que sé lo que es Khrisdall, pero no esperarás que te diga poco más de lo que tú puedes saber.
—No confío que me digas dónde está ese mundo, obviamente, pero sí si el Gobierno o el Alto Mando del Orden Estelar piensa en él como algo real o lo considera nada más una leyenda que nos legó el Gran Imperio.
—Lamentablemente no me llevo muy bien con mi colega el legislador Ernst Silvayr —suspiró Parker.

—¿El de Asuntos Internos terrestres?
—Sí, el mismo.
—¿Qué tiene que ver en una materia que concierne a otro departamento?
—Pues según mis informes hace poco tiempo Silvayr tuvo que soportar una crisis. Todo fue muy confuso. Yo llevaba apenas unas semanas de legislador y escasamente tuve acceso a los informes que Silvayr emitió a los demás legisladores. Pero intervino el Orden Estelar y todo se paró. El Alto Mando alegó que el caso no debía ser difundido más, que era de su competencia y que Khrisdall debía ser dejado en paz.
—Entonces Khrisdall existe —susurró Hal después de tragar saliva con dificultad.
—Oficialmente, no. —Parker parecía estar molesto hablando de aquel tema y empezó a moverse inquieto en su sillón—. Ya te he dicho que todo se ocultó. Incluso los registros oficiales se borraron. Al menos eso sucedió en el Gobierno local de la Tierra, pero me temo que el Alto Mando del Orden conservó todos los informes cuidadosamente.
—¿Qué pasó?
—Fue en la Tierra. Por eso mi departamento se mantuvo al margen. El legislador Silvayr se vio involucrado en un hecho cuando estaba enfrascado con una comisión del Orden Estelar. Intervinieron unos tipos afincados en Ciudad Alegre, en la Luna. Lo que parecía ser al principio un asunto exclusivo para la policía local terminó de forma extraña, interviniendo el Orden.
—Legalmente no debieron hacerlo...
—Exacto. Pero dijeron que al estar dentro del asunto personas pertenecientes a un mundo no sometidos a la ley del Orden Estelar las cosas cambiaban.
—No pareces estar muy enterado...
— Y es así. Repito que los informes que llegaron a mí fueron muy escuetos y luego todo tuvo que ser destruido. —Parker daba muestras de tener malos recuerdos de aquel asunto—. Unos tipos secuestraron a una persona y quisieron obligarla a confesar donde estaba Khrisdall. Creo que un oficial del Orden lo arregló todo con la ayuda de una niña.

Hal estuvo a punto de saltar de su asiento.
—¿Una niña rubia, de ojos azules y de unos diez años? Esta vez fue Parker el que mostró sorpresa.
—¿Qué sabes tú? Bueno, no sé si fue una niña o no. Eso no lo dijo el informe original. Sólo sé que se llamaba Rose o Rosa.
— Y también otra persona, una mujer joven. Parker soltó una carcajada nerviosa.
— Y apuesto a que también saber el nombre de esa mujer.
—Flavia.
—Es ése. Por los dioses. Hal, creo que estás metiendo las manos en fuego y terminarás quemándote. ¿Quién es ese amigo tuyo?
—Lo siento, pero ahora más que nunca tengo que mantener su nombre en el anonimato.
—Concretamente, ¿para qué me has llamado?
—Sólo para asegurarme que el Gobierno no piensa que Khrisdall es una leyenda, y que por lo tanto existe.
—Pero nadie sabe dónde está.
—Tal vez alguien lo averiguó hace algún tiempo, ¿no?
—Lo dudo. Todos los involucrados en ese feo asunto terminaron en un penal.
—Pero pudieron haber forzado a esa mujer a hablar, a decirles donde estaba su mundo.
—No lo creo.
—¿Por qué estás tan seguro?
— Todos sabemos que los habitantes de Khrisdall son paranormales, con unos poderes extraordinarios. Es difícil hacer hablar a un paranormal. Lo sabes.
—Está bien, Parker. Me has ayudado mucho. Gracias por todo.
—¡Eh! No puedes dejarme así ahora. El asunto que te traes entre manos puede ser de mi competencia.
—Y también del Orden Estelar —rió Hal—. Déjalo, Parker Y olvídalo también. Sólo te he molestado para tranquilizar a un paciente y amigo mío, que pensaba que estaba loco.
—Ten cuidado, Hal —dijo muy seriamente el legislador—. Esa mujer y la niña desaparecieron súbitamente de la Luna, cuando los secuestradores fueron apresados. Me pregunto si no fueron

eliminadas también para echar tierra al asunto. —No te preocupes por eso, Parker —dijo Hal—. Estoy completamente seguro que están muy bien.
Y cortó la comunicación antes que su amigo pudiera formularle otra pregunta.

CAPÍTULO IV

Iris fue despertada aquella mañana y abrió los ojos desmesuradamente. Torció el gesto y miró en dirección del comunicador que había en el dormitorio.
El reloj luminoso le indicó que eran más de las diez. La cama de Ruben estaba vacía y entonces recordó que su marido le había dicho que a primera hora iría a la ciudad para ver a... ¿Cómo se llamaba aquel tipo que Ruben le presentó en una fiesta y no le cayó nada simpático?
Hal, Hallison, eso era. Un antiguo compañero, según dijo Ruben ¿Para qué demonios tenía Ruben que ver con tanta urgencia a un médico psiquiatra. Esperaba que no fuese para nada profesional...
Se levantó irritada de la cama y se dirigió al comunicador.
A los robots de servicio había ordenado la noche anterior que no la molestasen para nada, pero se había olvidado de indicarles que no le pasasen tampoco ninguna comunicación del exterior, a no ser, por supuesto, que se tratase de algún mensaje procedente de Marte.
Se sentó delante del comunicador, pensando que tal vez se tratase de Ruben, que la llamaba desde la ciudad. No sabía a qué hora se había marchado ni tampoco a cual volvería.
Todavía estaba cansada. El sueño no la había relajado lo suficiente. Tuvo que hacer el amor con Ruben, pero fue como algo forzado, a lo que accedió para no iniciar una conversación con su esposo que pudiera terminar en una disputa.
Iris se dijo que ahora, más que nunca, cuando todo estaba tan cerca y sus proyectos a punto de realizarse, debía comportarse con sumo tacto y cuidar sus gestos y palabras.

Movió el conmutador y. la pantalla se encendió. El rostro que apareció en ella le resultó rápidamente familiar.
—Buenos días, señora Marell —sonrió el hombre.
—¿Quién es usted? —preguntó aunque estaba intuyendo la respuesta.
—Soy el doctor Hallison. ¿No me recuerda? Ella intentó sonreír.
—Sí, claro. Un amigo de mi esposo, ya recuerdo.
—Lamento molestarla —dijo él.
E Iris comprendió que Hallison se había dado cuenta que acababa de levantarse.
Ella dormía completamente desnuda y se sintió halagada ante la mirada admirativa que Hallison le dirigía, pese a que pretendía mostrarse indiferente.
—No se preocupe. En realidad debía estar levantada hace rato. Llegué ayer y estaba cansada a causa del viaje.
—Le ruego que me disculpe. Quisiera hablar con su esposo.
—No está.
Hallison mostró contrariedad.
—Es importante. ¿Puede decirme a qué hora volverá o si puedo localizarle en la ciudad?
Iris se pasó la punta de la lengua por los labios. Entornó los ojos, pensativa. Su curiosidad fue en aumento y decidió sonsacar a Hal.
—No sabría decirle, doctor Hallison. Pero si usted quiere darme algún mensaje para él...
Hal se rascó la oreja derecha. Tosió y dijo lleno de inseguridad:
—Bueno, la verdad es que se trata de ciertos informes que debo dar a su marido.
—¿No confía en mí? —rió Iris.
—Oh, no se ofenda, por favor. De todas formas me gustaría ver a Ruben hoy mismo. O mañana si es posible.
—Mañana estaremos en camino a Marte, señor Hallison.
No puedo garantizarle una entrevista con mi esposo hoy mismo.
—De todas formas intentaré localizarle en sus oficinas o en el club. Pero...
—Dígame.

—Bueno, usted podría decirle, en el caso que no pudiera yo verle o hablarle, que he investigado en lo que estuvimos hablando la última vez y que...
Iris se impacientó ante las dudas de Hal.
—Si es confidencial puede dejarlo, señor Hailison.
—No quiero que se moleste conmigo, señora Marell —dijo Hal turbado—. Dígale, de todas formas, que la existencia de ese planeta es cierta, aunque no esté confirmada oficialmente. Y que también en algún departamento del Gobierno tienen noticias de esas dos personas.
—¿No es un mensaje muy extraño?
—Ruben lo entenderá —sonrió Hal—. Y estoy seguro que él le dará más detalles.
—Seguro, doctor. Gracias por todo.
—A usted, señora.
Y al cortarse la comunicación Hal se arrepintió de haber insinuado aquel velado mensaje a Iris Marell.
Se secó el sudor de la frente y tomó una pequeña dosis de estimulante. Luego se llenó un vaso de whisky y lo bebió de un trago. Iris era muy hermosa, excitante.
Volvió a su sillón y se derrumbó en él materialmente. Se mordió los labios. No debió haber dicho nada. Pero el temor de no ver a Ruben le hizo abrir la boca. Ruben debía saber, aunque fuese por medio de Iris, lo que él había averiguado en su conversación con el legislador Parker. Ruben no debía abandonar la Tierra sin conocer aquellos datos.
En realidad lo que había dicho a Iris resultaría incomprensible para ella a menos que Ruben le diese más explicaciones.
Entonces llamó a las oficinas de la compañía de Ruben y preguntó por él. Le contestaron que el jefe no había ido aún aquel día por allí y que dudaban que hiciera acto de presencia, ya que tenía proyectado salir de la Tierra en breve. Cuando preguntó si era a Marte adonde iría, la secretaria, una sonriente y pálida chica, le replicó que no podía darle más datos.
Tampoco pudo localizar a Ruben en el club. Hal paseó impaciente por su despacho. Tomó otro trago y luego, llevado por una intuición, llamó a su casa. Era soltero y se servía de los

robots domésticos. El servo-mayordomo le indicó que hacía pocos minutos, exactamente doce, había estado allí el señor Marell.
—¿Le has dicho que estaba en mi consulta? —preguntó HaI al robot.
La metálica cara del robot, de lejana apariencia humana, replicó:
—No, señor. Usted no indicó nada al respecto. Simplemente le dije que no estaba.
Hall maldijo a los robots. Eran demasiado escuetos, sin iniciativa. Si uno se olvidaba de anular una orden, ésta servía para siempre y esto a veces ocasionaba problemas.
De todas formas se tranquilizó un poco. Ruben estaba buscándole. Lógicamente debería ir ahora a la consulta. Allí le esperaría. Llamó a su secretaria por el interfono y le pidió que anulase todas las visitas del día, que estaba muy cansado.
La eficiente chica protestó un poco, diciendo que había ya varias personas esperando y que algunas no podían esperar hasta el día siguiente.
—Es igual. Dígales que estoy enfermo —sonrió y añadió—: Pero de algo no relacionado con mi profesión, desde luego.
Entonces se sentó y esperó.

* * *

Benjamín Duarte apuró la taza de café y echó otro vistazo a la nave que flotaba en el interior de la grada. Era una hermosa nave, estilizada y brillante en su tono argentífero bajo los rayos del sol.
Las últimas brigadas de operarios estaban terminando de retirar los andamiajes y ahora únicamente seguía sujeta a la grada por los anclajes.
El Quasar I estaba dispuesto para la gran aventura. Al bajar la mirada recorrió la rojiza superficie de Marte, a unos veinte mil kilómetros. Del otro lado del planeta surgieron Fobos y Deimos, siempre en su veloz carrera alrededor del viejo mundo.
Ben anduvo unos pasos por la oficina y se situó en el otro

extremo. Desde el ventanal de allí echó un vistazo al modelo reducido de la otra gran nave que permanecía en la grada. Era un modelo lejanamente parecido al Quasar I, posado en un hangar vacío.
El Quasar 0 había sido construido dos años antes y realizadas en él toda clase de experiencias antes de comenzar la construcción de su hermano mayor.
Ben lo había pilotado en una ocasión y Ruben Marell en varias.
Aún no estaban seguros si debían llevarla con ellos. En el Quasar I había lugar para la pequeña nave, de apenas veinte metros de eslora. Pero sería un peso adicional que los ingenieros preferían desechar.
Cuando más ensimismado estaba en la contemplación de la pequeña y hermosa nave, sonó en la estancia un avisador. Mientras Ben se dirigía a la mesa, una voz femenina le fue diciendo:
—Señor Duarte, una llamada urgente de la Tierra.
Ben frunció el ceño. Apenas hacía unas horas que estaba en Marte y ya recibía una llamada de la Tierra. Respondió a su secretaria:
—Pásela en seguida.
Y recordó lo que costaba una llamada desde el vecino planeta.
En la esfera apareció la cara de Iris. Ben la vio algo nerviosa.
—Iris, ¿qué pasa para que gastes el dinero en una llamada como ésta? —gruñó entre dientes, añadiendo—: Demonios, apenas nos hemos despedido hace dos días. ¿Acaso tu marido ha descubierto algo?
—No, idiota —replicó ella hablando rápidamente—. Cree que pasé estos días con mi prima y sus pequeños monstruos, y brevemente le contó lo de la llamada del doctor Hallison.
Ben meditó con rapidez.
—No sé qué le habrá contado Ruben, pero ese tipo puede ponerle en guardia. ¿Sabes dónde vive el doctor Hallison?
—Desde luego —asintió Iris.
—Entonces llama a Lawrence, que él se encargue de todo ahora mismo. Tenemos que impedir que Hal hable con Ruben.
—¿Tan grave supones que sería que Hal dijese a Ruben...?

Ben apretó los puños.
—Condenación, no lo sé. Pera mañana tú y Ruben partiréis para los astilleros y no quiero que nada imprevisto suceda.
—Creo que tienes razón, Ben. Mi marido está nervioso.
Ayer, aunque vagamente, me insinuó que debería cambiar al destino original, el viaje de Quasar I. No sé qué demonios le sucede.
—Entonces con más razón debes decirle a Lawrence que se encargue de que Hal no diga nada a Ruben.
—Pero el doctor Hallison sólo pareció confirmar a Ruben que Khrisdall existe realmente...
—Pero él lo duda. Si estuviera seguro de que yo tengo razón y mis informes son auténticos, tal vez el miedo a la leyenda de Khrisdall le haga desistir.
Iris movió la cabeza.
—Dudo que lleguemos a tiempo, Ben. Ruben salió esta mañana de casa con la intención de ver a Hal.
—Pero cuando el doctor te llamó aún no se habían visto.
Tal vez Ruben esté haciendo otras cosas y antes vaya al domicilio privado de Hallison antes que a su consulta. ¿No me has dicho que Hal te llamó desde allí?
—Sí. Al menos aquel despacho parecía ser su consulta. Ben miró nerviosamente el reloj, calculando los minutos que llevaban hablando. Una comunicación instantánea entre la Tierra y Marte costaba un montón de créditos.
—Haz lo que te digo. Que Lawrence se encargue de todo, El sabe lo que tiene que hacer en estos casos. Yo me ocuparé de pagarle más tarde.
Iris deglutió y asintió. La comunicación se cortó y Ben resopló con fuerza.
Luego se sentó pesadamente. Pensó que de todas formas Iris había cometido una equivocación llamándole. Aquello quedaría registrado en el comunicador al cual estaba Ruben abonado. Pero consideró que lo sucedido era suficiente motivo para el gasto y también para correr el riesgo.
Si aquel amigo de Ruben sabía más de la cuenta y había hurgado en los secretos archivos del Gobierno..., lo mejor sería

acabar con él.
Y para tal cometido, Lawrence era un experto.

* * *

Hal levantó la mirada cuando la chica entró en el despacho. Llevaba un sobre cerrado en la mano, que depositó sobre la mesa.
—Lo acababan de traer, señor —dijo—. Firmé el recibo.
Es del departamento de Expansión Planetaria.
—Lo sé —asintió Hal tomando el sobre. Era la segunda respuesta que estaba esperando aquel día. Dijo a la recepcionista—. Puede marcharse. Hoy no habrá consulta. Procure disculparme mañana con los clientes.
—Está bien, señor —dijo la chica. Suspiró y se retiró. Hal sostuvo el sobre unos instantes delante de sus ojos, sin decidirse a abrirlo.
Se levantó y en el bar se preparó un largo trago de whisky, al que añadió unas gotas de licor proporcionado. Aquello le estimularía más que ningún producto químico. Sorbiendo el brebaje, miró el sobre que yacía sobre la mesa. Si el departamento de Expansión Planetaria le había contestado sólo después de veinte horas de haber solicitado los informes aquello indicaba que existía una respuesta concreta. Lógicamente le habrían informado antes de no existir ningún dato.
Ahora sólo tenía que abrir el sobre y leer la respuesta.
Sonrió levemente. Cuando llegase Ruben tendría mucho que contarle. Su amigo se asombraría de todo lo que él había descubierto.
Muy despacio abrió el sobre y leyó el contenido. Era escueto, pero preciso en su redacción. Y, sobre todo, en su contenido.
Le guardó cuidadosamente dentro de su chaqueta, terminó el vaso y se dirigía a sentarse delante del ventanal cuando escuchó un leve ruido, procedente del vestíbulo. Pensó que se trataba de su empleada, que regresaba.
Recordó que la chica era muy olvidadiza. Tal vez había vuelto

a...
Pero cuando la puerta de su despacho se abrió y alzó la cabeza, se quedó con la respiración cortada.
Un hombre delgado y alto, de piel cetrina avanzaba hacia él caminando como de puntillas. Sostenía entre sus huesudas manos una pistola de un modelo que por el momento no reconoció.
—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Hal con nerviosismo.
Evidentemente, se trataba de una visita peligrosa, pensó.
—Lo siento, doctor Hallison —el hombre casi pareció ser sincero en su lamentación—. No tengo nada contra usted, pero tengo que matarle.

CAPÍTULO V

Hal sintió que la garganta se le convertía en algo reseco e hiriente. Consiguió tragar saliva y recordó que su profundo conocimiento de las personas podría serle de mucha utilidad en aquel momento.
Sabía que tenía delante a un asesino a sueldo, alguien que le mataría fríamente, sin el menor atisbo de odio. Aquel tipo flaco estaba cumpliendo un cometido y él sólo era una parte importante de su trabajo.
Se fijó en la pistola. Era un láser potente, de haz regulable. No podía saber a qué potencia estaba colocado ahora, pero dedujo que con aquella arma el asesino podía hacerle un agujero entre las cejas que le mataría instantáneamente y luego cortarle en pedazos tan pequeños que podría desembarazarse de su cuerpo por el retrete. Y podía apostar lo que fuera a que no dejaría el más mínimo rastro de sangre.
Los profundos ojos negros del hombre seguían mirándole, como si estuviese calculando el trabajo que iba a darle hasta que de Hallison no quedase la más mínima partícula. La policía nunca encontraría su cuerpo, aquel tipo se marcharía y espera ría un nuevo encargo.
Hal se armó de valor, colocó las dos manos de forma visible

sobre la mesa, evitando que el otro disparase anticipadamente si temía que pudiera hacer un gesto defensivo.
—Evidentemente, su propósito es matarme —suspiro con desaliento—. Pero creo que podría saber antes el motivo y quién le ha dado el encargo.
El hombre movió la cabeza. Parecía desilusionado.
—Oh, señor Hallison. Le suponía más inteligente. ¿Para qué quiere ganar tiempo? Nadie vendrá en su ayuda. Sé que está sola en el departamento. La puerta está cerrada y su secretaria hace algunos minutos que se marchó, después de cancelar todas sus visitas.
Hal comprendió que se encontraba ante un verdadero profesional, que no estaba dispuesto a dejarle ganar un solo segundo más de lo que él había calculado.
—Todos los condenados a muerte tienen algunos privilegios y...
—Déjelo, señor Hallison —el hombre torció la cabeza, corno si todo aquello le cansase—. No hagamos las cosas más difíciles. Creo que debí hacer lo primero que pensé. Es decir, matarle sin que me viese. Pero yo tengo el convencimiento de que todo el mundo debe conocer a quien va a matarle. ¿No le parece?
—Es que...
—Cállese. Mire, doctor Hallison, levántese y camine hacia el cuarto de baño.
Y la pistola se alzó amenazadora. Hal se levantó sintiendo que las piernas le pesaban como plomo, y paradójicamente, al mismo tiempo le temblaban.
Caminó hacia la puerta del cuarto de baño. Lo hizo muy despacio, consciente de que cuando llegase a ella y estuviese sobre la gran pila circular recibiría el primer disparo, seguramente en la cabeza...
Por un instante estuvo tentado en proponer al hombre que le daría una gran cantidad de dinero a cambio de dejarlo con vida, pero desistió en seguida. No aceptaría la propuesta. Si aquel asesino tenía un contrato lo cumpliría, aunque le tentase con una cantidad diez veces superior.
Empujó la puerta y se colocó delante del baño de piedra roja.
No pudo evitar cerrar los ojos. Esperó.

Pero no sucedió nada en los segundos siguientes. Nervioso, escuchó los latidos furiosos de su corazón, Hal se volvió, mirando por encima del hombro.
Parpadeó asombrado al ver a su asesino parado a dos metros de él, con la pistola láser apuntándole. Pero sus ojos estaban vacíos y no se movían.
El hombre estaba tan inmóvil como una estatua. Hal se arriesgó a acercarse a él. Alzó la mano derecha y la acercó al frío cañón de la pistola. El par de ojos negros y oscuros, enmarcado por grandes ojeras, seguían quietos.
—¿Qué demonios es esto? —dijo entre dientes. Intentó quitarle la pistola y no lo consiguió. Los dedos que la amartillaban parecían de acero.
Entonces se abrió violentamente la puerta y una mujer entró corriendo en el despacho. Se detuvo al ver a Ha! delante de su frustrado asesino. Pareció relajarse, suspirar.
—Lo consiguió, lo consiguió —la escuchó susurrar.
Era joven y bonita. Sus largos cabellos negros caían sobre unos hombros menudos que cubrían una túnica blanca con adornos de oro.
Hal estaba aún demasiado tenso para decir algo, Sólo cuando la puerta que daba al vestíbulo se abrió de nuevo y entró la chiquilla de movimientos gráciles y rubia, después de soltar una risa nerviosa, dijo:
—Hola, Flavia —jadeó y miró a la niña, agregando—: Hola, Rose.
Pero ninguna de ellas pareció oírle. La mujer tomó a la niña de la mano.
—Justo a tiempo —le dijo sonriente—. Paralizaste a este hombre cuando iba a disparar. Ahora tenemos que deshacernos de él.
La niña rió con sus ojos verdes y preguntó a su compañera:
—¿Lo envío muy lejos?
La morena negó con la cabeza.
—Será suficiente al otro lado de la Tierra, a un lugar desierto, que le cueste trabajo encontrar a personas. Se llevará un buen susto y no volverá nunca por esta ciudad.

Temblando, pero no de miedo, sino de emoción. Hal dio la vuelta y se puso delante de las dos extrañas visitantes.
—Tú eres Flavia —pasó la mirada a la niña—. Y tú Rose, ¿verdad?
La mujer apartó el cabello que había caído sobre su rostro y le miró seriamente. Pareció apretar con más fuerza la mano que sostenía de la niña. Ambas retrocedieron un paso.
—Olvídenos, señor Hal —dijo la niña.
—No. No por ahora —contradijo la mujer—. Tiene que convencer a Ruben.
—No lo conseguirá —dijo, segura la niña.
—¿Tú crees?
—Sí. Ruben viene hacia aquí y no debe ver a este hombre. Hal miró a las dos con asombro. ¿Qué estaban diciendo?
—Puedo decirle a Ruben lo que ustedes quieran, darle un mensaje... —empezó a decir lleno de inseguridad—. Quiero ser su amigo.
La niña miró a la mujer. Ambas tenían los ojos verdes y sus miradas se cruzaron durante unos segundos. Luego, con resolución, dijo la niña.
—Este hombre posee pruebas que Ruben no debe conocer.
—Entonces marchará a Marte, ¿no?
—Sí, será mejor. Me voy, Flavia. Te espero fuera.
Hal adelantó un paso, dispuesto a lanzar una serie de protestas. Pero en aquel instante el paralizado asesino desapareció y él pegó un brinco hacia atrás.
La mujer rió quedamente, divertida. Cuando miró, no vio a la niña. Sólo estaba la mujer de cabellos negros y ojos verdes.
—¿Qué han hecho? —preguntó, indicando el sitio de la alfombra donde estaba estático el hombre.
—Nada. El hombre llamado Lawrence aparecerá en Australia, creo. Estará tan asustado cuando se recobre que incluso olvidará su sucia profesión.
—No se vaya usted. Quiero hablarle.
La mujer se dirigía ya a la salida y quedóse con la mano sobre el abridor. Sus finos y delicados labios dibujaron una amistosa sonrisa. Hal se sintió reconfortado ante aquel gesto.

—Quiero ayudarlas. Dígame lo que tengo que hacer y lo haré.
—No puede hacer ya nada por nosotras. señor Hal.
—Me han salvado la vida y estoy dispuesto a todo.
—¿Incluso a engañar a un amigo?
Hal titubeó.
—¿Lo ve? —rió la mujer—. Será mejor que se quede al margen de todo esto. Es usted demasiado noble para engañar a un amigo como Ruben.
—Pero ustedes quieren ayudarle. ¿no?
—Claro que sí. Una vez nos equivocamos y lo estropeamos todo.
—Se refiere cuando lo trasladaron a ese planeta de clima cambiante.
Ella dirigió una mirada hacia la mesa de despacho, concretamente hacia el sobre abierto. Hal se llevó la mano, instintivamente, a su chaqueta.
—Es usted muy listo. Ya averiguó que el decorado no era producto de un sueño.—La mujer le tomó las manos y Hal se estremeció ante la calidez que tenían—. Cuando lo intentamos por segunda vez la mente de Ruben estaba fuera de un posible acondicionamiento. Eso se unió fatalmente a su testarudez y por eso fracasamos. Ahora debemos dejarle actuar libremente por algún tiempo.
—Impídale ir a Marte y todo estará solucionado.
—¿Usted cree que iris y Ben desistirán de viajar si Ruben no se presenta en los astilleros orbitales?
Hal negó en silencio.
—Es usted sincero. Sólo Ruben puede impedir ese viaje. Se libró de las manos de Hal y éste las sintió frías súbitamente.
—No se vaya —pidió.
—Tal vez nos volvamos a ver—sonrió la mujer.
—Su nombre es Flavia —dijo él.
Ella volvió a emitir una sonrisa cálida. Empezó a franquear la puerta y cuando Hal quiso seguirla sintió una gran pesadez en los párpados, todo se le hizo gris y fue como si el aire desapareciese de su entorno.
No notó cuando cayó sobre la mullida alfombra, exactamente

donde poco antes había estado el asesino.

* * *

Cuando despertó se levantó de un salto. No experimentó ningún malestar. Al principio todo lo recordaba vagamente y a medida que pasaban los instantes todo lo que había ocurrido se desvanecía rápidamente.

Furioso, Hal hizo un supremo esfuerzo para retener dentro de su memoria todo aquello que no quería olvidar.

Casi una hora más tarde salía de su apartamento.

Habían pasado más de diez horas desde que irrumpiera en su despacho el asesino. Se había duchado y vestido un traje limpio.

Bajó hasta la recepción y preguntó si tenía registrada la salida de dos personas. Describió a la mujer y la niña y obtuvo una respuesta afirmativa. Aquello le sorprendió. Había esperado que ambas abandonasen el edificio de forma más espectacular.

—¿Ha preguntado alguien por mí? —preguntó al final. La voz metálica del robot—computador replicó:

—El señor Ruben Marell estuvo aquí exactamente hace seis horas veinticinco minutos, señor Hallison. No dejó recado.

Era de noche. Seguramente Ruben ya no estaba en la Tierra. Iría rumbo a Marte, tal vez un poco decepcionado con él. De todas formas pidió una comunicación con su casa en las afueras de la ciudad. El robot-mayordomo le informó que los señores Marell habían partido. ¿Dónde? No podía responderle.

Pero la respuesta podía dársela Hal.

Después de meditarlo unos instantes dijo al robot-computador:

—Resérvame una plaza en el primer navío que se dirija a Marte. Quiero la confirmación cuanto antes.

Fumó un cigarrillo mientras la máquina actuaba.

Paseó por el amplio salón de entrada al edificio, distrayéndose viendo entrar y salir a los diversos inquilinos del inmueble.

La máquina atrajo su atención y la voz le dijo:

—Hace escasamente quince minutos partió una nave hacia Marte, señor. Le he reservado provisionalmente un pasaje en la

Galka, para mañana a las dieciocho horas. Partirá del astropuerto de las Azores. Puede cancelarlo dentro de las próximas siete horas sin cargo alguno.
Hal hizo rápido cálculos. Llegaría a Marte sólo veinticuatro horas después que los Marell. Podría encontrarlos en los astilleros unas horas más tarde si alquilaba un transbordador. Se palpó la chaqueta. Allí llevaba las pruebas.
Mientras salía del edificio se hacía varias preguntas. Una de ellas, la que más le dolía, era que podía estar cometiendo una locura, inmiscuirse en un asunto que conocía tan poco que incluso con su actuación podía estropearlo todo.
Pero, pese a todo, estaba convencido de que si presentaba a Ruben las pruebas podía conseguir que éste cancelase el viaje del Quasar I a las coordenadas que disponía Benjamín.
Y eso era lo que quería Flavia.
Sonrió rememorando la imagen de Flavia.

CAPÍTULO VI

Benjamín estaba pálido cuando Ruben terminó de hablar. —¿Qué insinúas, cuñado?
Ruben se pasó la mano por la frente, notando que su cansancio iba en aumento. El viaje desde la Tierra a Marte sólo había durado tres días, pero lo más pesado resultó para él el traslado al astillero orbital de su compañía constructora. El transbordador se había demorado más de la cuenta y en aquel trayecto de apenas unos miles de kilómetros había precisado más de veinte horas.
Afortunadamente estaba a solas con Ben, en el despacho de éste. Como un extraño imán, la nave Quasar I atraía su mirada constantemente. Iris se había retirado a descansar y él insistió ante Ben para discutir ciertos asuntos.
Ben comprendió por las fugaces miradas de Ruben, que éste mostraba un inequívoco arrobamiento ante la majestuosidad de la gran nave anclada en el astillero, al otro lado del gran ventanal de doble cristal.

—Hermosa, ¿verdad? —preguntó Ben, mordaz.
—Si —Ruben encendió un cigarrillo, mecánicamente.
—Bien, Ruben. Dime de una vez qué has querido decir cuando te has referido a mi proyecto.
—Estos tres días de viaje a Marte he estado analizando la situación financiera de mi compañía. Ben, sólo tengo una oportunidad de conservarlo todo. Sólo una. ¿Lo entiendes?
—Claro que sí. Tu oportunidad se llama Quasar I. Y yo quiero que el viaje experimental sea un éxito, que te permita recobrar los créditos financieros para comenzar a construir cientos de naves de Impulsión Constante.
—¿Viajando a ese misterioso destino? —rió Ruben, roncamente.
—Eso es. Yendo a Khrisdall, gritando a la galaxia que ese extraño planeta existe, que no es una leyenda.
—¿Y eso nos daría créditos bancarios?
—Y también una propaganda inusitada en toda la galaxia.
Nos lloverían los pedidos. Vamos, Ruben. Tú sabes mejor que nadie que mi proyecto dará mejores resultados que viajar a un rincón de esta galaxia o más allá de ella buscando algo que a nadie interesa, excepto a unos científicos.
Ruben entornó los ojos. Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Miró a Ben, sentado al otro lado de la mesa, con las manos cruzadas e impasible, seguro de sí mismo.
—Es arriesgado, Ben. Estaría conforme con tu plan si...
—¿Qué necesitas para confiar en mí? ¿Que diga cuáles son las coordenadas de nuestro destino?
—Al menos debes decirme cómo conseguiste esos datos.
—Creo que eso no tiene la menor importancia.
—Ben, debes confiar en mí, como yo confío en ti.
—¿De veras? Últimamente no demuestras tener fe en mí, querido cuñado —rió Benjamín.
—Está bien. Piénsalo. Te doy hasta mañana para que me reveles tus fuentes de información.
—¿Y si no es así? —preguntó Ben, levantándose cuando Ruben lo hizo.
—Te apartaré del proyecto.

Salió del despacho después de quedar un instante detenido en la puerta.

Benjamín crispó los puños y se sentó. Su serenidad se había troncado en un furioso gesto de ira. Cuando Iris entró, estaba un poco más calmado, pero él la miró iracundo.

—¿Qué haces aquí? Tu marido habrá ido a tu dormitorio.

Seguramente querrá hacer el amor y quitarse el nerviosismo que le domina.

—No es así. Mira.

Iris señaló la otra ventana del despacho, por la que se observaba el hangar hermético donde estaba el Quasar I.

Ben se apoyó contra el cristal. Vio a Ruben dirigirse hacia la pequeña nave.

—¿Qué hace? —preguntó a la mujer.

—No lo sé. Tal vez quiere dormir en el puente de mando de esa nave, a la que tiene tanto cariño.

—La pilotó en solitario varias veces y en ella gestó lo que sería Quasar I —murmuró Ben, apartándose de la ventana después de ver cómo Ruben entraba en la nave—. Es un nostálgico ¿Qué está pasando, Iris? ¿Por qué Ruben, tan súbitamente, parece mostrar tanto horror por viajar a Khrisdall?

—Ojalá lo supiera. Cuando volví con él ya me insinuó algo.

—Tú puedes hacerle cambiar de opinión. Estás loco por ti —dijo Ben muy serio.

—No estoy tan segura. ¿Sabes que no hemos dormido juntos desde hace cuatro días?

Ben llenó dos vasos con coñac y entregó uno a Iris. —Me han informado que Lawrence no cumplió con su contrato —dijo preocupado.

Iris mostró asombro. —¿Qué sucedió?

—Qué sé yo. Lawrence no aparece por ninguna parte. Y al doctor Hal le vieron embarcar en la nave Galka rumbo a Marte, al día siguiente que vosotros partisteis.

—¿Es que se dirige hacia aquí?

—Ajá. Debe saber algo y está dispuesto a comunicárselo a Ruben a toda costa.

—Pudo haber enviado un mensaje.

—Sería lógico, pero ya te digo que debe ser algo tan importante que quiere decírselo cara a cara. Llegará hoy mismo —miró la hora de su reloj y rectificó—. Ya estará en Puerto Mars. Es posible que en estos momentos vuele hacia aquí en el transbordador.
Hundió la mano en el bolsillo de su casaca y extrajo la placa metálica.
—Es un mensaje de Hal para Ruben —explicó—. Anuncia su visita. Yo la he interceptado, pero me temo que será por poco tiempo. ¿Qué haremos cuando Hal se presente ante Ruben y termine convenciéndole para que no dé su consentimiento para viajar a donde nosotros queremos?
Iris bebió el resto del coñac de un trago. Cuando dejó la copa sobre la mesa la mano le temblaba ligeramente.
—Aun puedes encontrar a alguien en Marte que termine con lo que no pudo hacer Lawrence.
—No, no hay tiempo ya.
—En la Tierra tuvimos menos tiempo. En poco más de media hora Lawrence se puso en movimiento y llegó ante Hal antes que Ruben.
—Marte no es la Tierra —gruñó Ruben. Volvió a mirar la pequeña nave, situada frente a la compuerta cerrada del hangar. Frunció el ceño—. Aun tenemos una posibilidad, Ven.
Perpleja, Iris le siguió. Después de cruzar unos pasillos.
Ben sacó una llave y abrió la puerta de acero. Explicó: —Es el control del hangar donde está el Quasar I.
Cerró por dentro y encendió el panel de controles. En una pantalla visora apareció la pequeña nave, situada en el centro del hangar.
—Ruben ha cerrado la puerta de la nave —dijo Ben, hablando con un pronunciado timbre de nerviosismo en su voz—. Seguro que estará arrobado ante los mandos, sentado en el sillón principal del puente. Desde aquí puedo cortar la entrada de oxígeno lo suficiente paras adormecerle. Una vez que se desvanezca pondré en actividad los poderosos motores del Quasar 0 y lo lanzaré al espacio, en dirección al Sol.
Iluminada sólo por el reflejo de las luces del panel Iris no

demostró ninguna emoción ante las palabras de Ben.
—Hazlo —dijo al cabo de unos instantes.
Ben empezó a pulsar botones y mover diales.
Apenas cinco minutos más tarde, el Quasar 0 cruzaba como un relámpago la recién abierta compuerta y se perdía en el espacio.
—Nadie podrá probar que hemos maniobrado la nave desde aquí —dijo Ben apagando el panel—. Cuando llegue Hallison conocerá la noticia de la muerte de su amigo.
Iris le volvió la espalda y abrió la portezuela. Dijo: —Tenemos tiempo. Vayamos a mi dormitorio.
—Es una buena idea —sonrió Ben, tomándola por la cintura afectuosamente.

* * *

Ruben despertó con un profundo dolor de cabeza. Respiró con esfuerzo y notó que la atmósfera estaba muy cargada, aunque paulatinamente estaba llegando oxígeno a la cabina de mando.
Le costó bastantes minutos comprender lo que había pasado. Conocía perfectamente aquella pequeña nave y adivinó lo que había pasado.
Momentáneamente se había cortado el suministro de aire y el monóxido de carbono le había aturdido, hasta sumergirlo en un profundo sueño. Pero el dispositivo de seguridad había entrado en funcionamiento restaurando el nivel de pureza normal en el aire, lo cual le había despertado.
Le dolieron todas las articulaciones cuando se levantó. Al principio, la ligera vibración que le rodeaba careció de importancia para él, pero cuando salió de la cabina y llegó ante la esclusa, la luz roja que campaneaba sobre ella le hizo retroceder.
Era una indicación para que no abriese la esclusa. Sencillamente, estaba en el espacio.
Corrió de nuevo hacia el puente y miró el panel de mandos. Cuando no tuvo la menor duda de que el Quasar 0 navegaba en aceleración constante, se derrumbó pesadamente sobre el

sillón.
Necesitó unos instantes para recuperar la sangre fría.
Abrió las planchas protectoras del ventanal y también activó los visores de situación. Después de una somera comprobación llegó a la conclusión de que se hallaba a unos diez millones de kilómetros de Marte. ¡Y sólo había estado sin sentido apenas una hora!
Cuando hubo terminado con los cálculos que sometió al pequeño computador de a bordo cerró los ojos y empezó a sudar.
—¿Tan grave es la situación?
La voz era de mujer y sonó a su espalda. Abrió los ojos y se volvió ligeramente. Detrás de él estaba una chica morena, de larga cabellera y ojos grandes de reluciente color verde.
—¿Cómo has llegado aquí?
Ruben se sorprendió de la forma natural corno había hecho la pregunta. Entonces pareció recordar que la mujer se había interesado por la situación y dijo:
—Has buscado mal momento para ser mi polizón preciosa. Vamos directamente al Sol.
Ella no pareció inmutarse. Miró los mandos distraídamente.
—Supongo que podrás evitarlo, ¿no? Ruben negó con la cabeza.
—Estamos en IP. ¿Sabes lo que significa? Impulsión Constante. No llegaremos a alcanzar la velocidad de la luz cuando nos precipitemos en el Sol, pero ya no podemos desviamos de la ruta.
—¿Por qué quieres suicidarte?
Ruben pegó un brinco y se levantó del sillón. Parecía furioso, molesto por la pregunta de la chica.
—Nada más lejos de mí que quitarme la vida —resopló y dijo después de apretar los puños entre sí—: No soy ningún idiota drogado y sé que no sueño ahora. ¿Qué pensarías de mí si te dijera que ya te he visto antes de ahora? —Ante la pasiva mirada de la chica se atrevió a añadir—: Tú eres Flavia. Te he reconocido. Podría decir que eres la chica de mis sueños —concluyó riendo.

—Ni siquiera es un tópico. Ruben, porque no fue un sueño.
Ruben parpadeó.
—¿Qué fue, entonces? —preguntó.
—Dejemos eso ahora. Lo importante en estos momentos es salvarte.
—Querrás decir que debemos salvamos los dos —gruñó Ruben —. No me gusta la idea de morir, pero me revuelve el estómago pensar que tú vas a acompañarme.
— Yo puedo salir de aquí cuando quiera, Ruben. Pero no puedo llevarte a ti. No soy tan fuerte.
—¿Quieres decir que puedes teleportarte? —Ella asintió—. Debí figurármelo. Al menos me tranquiliza eso, saber que cuando empecemos a calentamos tú te largarás.
—Pero quiero que tú te salves.
—Es imposible. No se puede cambiar la ruta.
—¿Cómo ha sucedido?
—No lo sé. Entré aquí para recordar viejos tiempos, me senté y entonces perdí el sentido, creo que sentí mucho sueño. Luego me he encontrado en una especie de túnel que me lleva a la hoguera del Sol. —Se encogió de hombros—. Supongo que alguien ha manipulado el mando a distancia de esta nave.
—¿Sabes quién ha podido ser?
—Me importaría si tuviera la más mínima esperanza de salir con vida. ¿Para qué preocuparme?
Flavia ocupó el sillón de Ruben y pasó suavemente las manos por los mandos.
—¿Entiendes algo de navegación? —preguntó él.
—No. Sólo quiero saber si puedo aumentar la velocidad de la nave.
—Está todo programado de forma inalterable. Es una distancia corta. Sólo tenemos unos doscientos millones de kilómetros. Necesitaríamos llegar a la órbita de Plutón para alcanzar el hiperespacio.
Se calló de pronto, cuando descubrió que el indicador de velocidad ascendía vertiginosamente.
—¿Cómo lo estás haciendo? —preguntó.
—No lo sé, pero estoy dando más velocidad a la nave.

¿Entiendes?
—No muy bien. ¿Supones que si llegamos al Sol a velocidad superlumínica podremos atravesarlo y salir por el otro lado indemnes?
—¿Cómo puedo estar segura? Sólo es una suposición.
—Teóricamente sería factible, pero no tenemos tiempo ni distancia para sobrepasar la velocidad de la luz.
Ella cerró los ojos, llevándose sus dedos Índices a la frente.
—Yo no tengo tantos poderes como Rose, pero intentaré salvarte —susurró.
—¿Rose? —Y Ruben tuvo un relámpago en su mente en el que vislumbró a una niña de angelical sonrisa rubia—. ¿Rose es la niña que te acompañó en mis sueños?
—Sí. Pero déjame concentrarme ahora, por favor. No tenemos mucho tiempo.
Y Ruben tuvo que estar de acuerdo con ella. En aquellos breves minutos la nave se había situado a menos de cien millones de kilómetros del Sol. Y seguía acelerando sin cesar. Pero se preguntó si aún cabía alguna posibilidad para que lograsen la aceleración precisa para atravesar al igneo astro como si fuese una hoja de papel.
Dejó en paz a Flavia y se acomodó en el sillón del copiloto. Se sujetó a los brazos del sillón y trató de contener su creciente nerviosismo.
No se atrevió a decir nada. Sus ojos seguían fijos en el dial de incremento de velocidad, saltando de vez en cuando al cuadrado de dígitos que mostraba la separación que aun tenía con respecto al Sol.
Aunque en seguida se arrepintió al recordar que Flavia le había pedido silencio, preguntó:
—¿Por qué no está Rose aquí? Dices que ella tiene más poderes que tú...
Se mordió los labios. ¿Por qué preguntaba tal cosa? Ni siquiera sabía cómo Flavia había entrado en la nave. Estaba seguro de que ella no estaba cuando él la visitó.
—Ocupada. Marchó en busca de instrucciones. Ahora, por favor, déjame que siga concentrándome —replicó Flavia.

Tenía los ojos cerrados y su voz resultaba tétricamente apagada.
Ruben se recostó en el sillón. Trató de dominar los nervios. Cerró los ojos. Curiosamente, le inundó una rara serenidad.
Pensó en su vida pasada. Y, sobre todo, en lo sucedido recientemente. ¿Quién le había puesto en aquel trance? En los astilleros vivían y trabajaban constantemente más de tres mil personas.
Y también estaban Iris y su hermano Benjamín. No pudo seguir pensando.
Se durmió.

* * *

Cuando despertó vio que Flavia le miraba. Le sonreía.
—El peligro ha pasado —dijo.
—¿Hemos atravesado el Sol?
—Sí.
— Y me lo he perdido —se lamentó mientras confrontaba en los mandos que Flavia le había dicho la verdad.
Estaban al otro lado del Sol, a más de ochenta millones de kilómetros. Pronto atravesarían la órbita de Venus.
La pequeña nave aceleraba constantemente.
—Ahora puedes conducirnos a donde quieras —dijo Flavia.
—¿Por qué me dormí?
—Te induje a ello. Despierto podías haberme interrumpido. Lo siento.
Ruben asintió con un gruñido.
—Obviamente regresaremos a los astilleros. Pero tardaremos muchas horas. ¿No podrías tú...?
Ella le respondió con una sonrisa mezclada de desaliento. —Estoy agotada. No podría ni levantar una moneda con mi mente.
—Entonces, regresaremos con los medios convencionales. Cuando ocupó el sillón de ella y Flavia se recostó en el que él había dejado, la miró con preocupación.
—Espero que no desaparezcas.

—¿Temes que lo haga?
—Sí. Teletransportándote o algo parecido. Pienso que cuando partí del astillero tú no estabas a bordo. ¿Me equivoco?
Flavia entornó los ojos y respondió suavemente: —Es posible.
—Tenemos que hablar mucho, Flavia.
—Para eso hemos venido.
—¿Quién más? ¿Rose?
—Sí.
—¿Dónde está ahora?
—Lejos, pero se reunirá con nosotros pronto.
—En Marte, espero.
—Sí. Allí intentaremos...
—Que yo ordene la anulación del viaje experimental del Quasar I a Khrisdall, ¿no? —Exactamente.
—¿Podrías decirme por qué no deseáis ser visitados? Tarde o temprano se sabrá dónde está ese misterioso mundo.
—No será así mientras podamos.
—Una muchacha como tú y una niña... —meneó la cabeza—. No es mucho para luchar por mantener en incógnito el paradero. —Se detuvo de pronto y preguntó—: Por cierto. Nunca he dado mucho crédito a Ben cuando afirmaba que él sabía dónde está exactamente Khrisdall. ¿Vosotras pensáis que él lo sabe?
—Estamos seguras, Benjamín Loren lo sabe.
—¿Cómo?
—Creo que un hombre que trabaja para un tal Golden, el hombre que me tuvo secuestrada en la Luna, grabó un registro mental mío cuando me encontraba debilitada por las drogas que me suministraron.
—¿Pudieron hacerlo? Creí que eso era imposible. O, al menos, imposible de interpretar.
—En cierto modo, sí, pero con sofisticadas computadoras se consigue. Siempre que paranormales, aunque no sean natos, ayuden a clarificar los gráficos.
Ruben movió la cabeza afirmativamente, despacio. Había terminado de insertar el rumbo al navegador automático.
—Te creo. Benjamín encontró a aquel tipo y le pagó bien por el

informe... —Calló súbitamente—. Eh, un momento. Has llamado a Ben... ¿Cómo lo has llamado? Sí, eso es. Benjamín Loren. ¿Por qué? ¿Cómo te has confundido? Se llama Duarte.
Flavia se pasó una mano por la frente. Se levantó y dijo sonriendo tristemente:
—Lo siento, pero estoy agotada. No sabía lo que decía.
Quisiera retirarme a descansar.
Ruben se mordió los labios. Hubiera querido conversar con Flavia las horas que íba a durar el viaje. Pero comprendió que había realizado un gran esfuerzo. Aunque nunca sabía bien cómo se comportaba un paranormal —de hecho él no los había tratado porque no le gustaban—, comprendió que ella precisaba de un descanso.
—Tenemos cuatro camarotes —dijo mirándola fijamente, apreciando su serena belleza—. Elige el que quieras y descansa. ¿Tengo que avisarte cuando lleguemos?
—Claro que sí. También nosotros, cuando dormimos, perdemos a veces la noción del tiempo —replicó ella correspondiendo a la broma.

CAPÍTULO VII

—Tal como usted ordenó, señor, todo está dispuesto para la partida —dijo Goldkent.
Al ver el titubeo en el navegante, Benjamín le miró inquisitivamente, instándole a que siguiera hablando, con un mudo gesto imperioso.
—Bueno, me pregunto qué pasa aquí. Pensé que sólo cuando estuviese el señor Marell partiría la nave Quasar I. Y aún no ha regresado desde que partió con el prototipo.
Ben se levantó y dio la vuelta a la mesa, Se puso delante de Goldkent. Le golpeó el pecho con el índice, mientras iba diciendo:
— Te contraté yo, Goldkent. No lo olvides. Serás el comandante del Quasar I, pero harás lo que yo te diga. ¿De acuerdo?

—Creí que sólo tenía que obedecer al dueño de la compañía, señor.
—Pues ya están las cosas claras ahora. Tienes un contrato muy ventajoso. Y lo tienes gracias a mí. Pero si no estás conforme puedes rescindirlo ahora mismo y largarte en el primer transbordador.
Goldkent sonrió ampliamente.
— Yo estoy a sus órdenes, señor. Leí bien las cláusulas.
Puede confiar en mí.
Ben sonrió. Le palmeó la espalda y dijo:
—No te arrepentirás, Cuando volvamos dispondrás de una recompensa adecuada a tus servicios... y a la fidelidad que me demuestras.
—Existe algo que... Bueno, quiero decir que yo no conozco a toda la tripulación e ignoro si es de fiar.
—No te preocupes por eso. Los diez hombres son de toda mi confianza. Yo mismo los elegí. Cuando pasen unas horas comunicaré a las autoridades de Marte la desaparición de Ruben Marell.
—¿Es necesario?
—Legalmente, sí. Pero no esperaré a recibir una visita oficial. Cuando el comisario marciano llegue al astillero nosotros habremos partido.
—Eso puede traerle problemas cuando regresemos, ¿no?
—No. El comisario no tiene autoridad para suspender un vuelo experimental que cuenta con todos los permisos necesarios. Dentro de unas semanas tendrá que limitarse a certificar que el Quasar 0, tripulado por Ruben Marell, se perdió en el espacio.
Goldkent asintió y estrechó la mano de Ben.
—Confíe en mí. Me alegro de estar a sus órdenes. Nos entenderemos.
Cuando Goldkent se marchó, Ben soltó una carcajada, Podía confiar en aquel tipo porque conocía muy bien su historial como navegante, nada limpio, por cierto. Goldkent tenía mucho que ocultar. Se le acusaba de negocios turbios e incluso de un asesinato, aunque nada se le había podido probar. Las autoridades pretendían retirarle su licencia de navegante desde

hacía tiempo.
Y todos los demás miembros de la nave, contratados por él, eran de la misma calaña. Le obedecerían ciegamente, dispuestos a todos si él les prometía una sustanciosa paga. No preguntarían adónde quería ir Ben.
Salió del despacho y se dirigió a los dormitorios. Antes de abrir la puerta del suyo, un peculiar perfume le anticipó que Iris estaba dentro.
Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, mirando extasiado el cuerpo desnudo que yacía en la cama.
Iris aparecía deliciosa, excitante. La tenue luz rosada la convertiría en una vieja estatua romana esculpida en mármol de tenue rojo. Sólo su cabello desparramado en el lecho y el negro pubis ponían una nota diferente en el ambiente monocolor.
Ella ertreabrió sus piernas y le tendió, sugerente, los brazos.

* * *

Hal bajó del transbordador y se alegró que en la estación del astillero la gravedad fuese ligeramente superior a la marciana. Dejó pasar a varios obreros que volvían de unas cortas vacaciones en la superficie y esperó que alguien se dirigiera a él.
Escuchó una tos a su espalda y al volverse se encontró con un joven de agradable sonrisa que llevaba unos papeles en las manos.
—Bien venido, señor Hallison —dijo—. Soy Peter Lang. Hal le estrechó la mano y preguntó cuando quedaron a solas en el vestíbulo de recepción:
—¿Informó a alguien de mi llegada? —No, señor Hal. Tal como usted me lo pidió, para todo el mundo ha sido el operario de gradas Jill H'Olun quien ha llegado —torció un poco el gesto y se apresuró a decir—: Claro que he hecho esto porque sé que es íntimo amigo del señor Marell. Comprenderá que es ilegal.
—Gracias, Peter. Es preciso que mi presencia en el astillero permanezca por el momento de incógnito.
—No podrá ser por mucho tiempo.

—Al menos podrá ser por unas horas, ¿no?
—Desde luego. Sígame. Le llevaré a su habitación —miro recelosa mente alrededor. No había nadie y le mostró un corredor estrecho y desierto. Susurrando, agregó—: Estoy intranquilo, señor. Ha llegado usted a tiempo. Hace apenas unos minutos de la torre de control me informaron que el Quasar 0 volvía.
Hal frunció el ceño, dando a entender que no comprendía. Peter se humedeció los labios. Caminaba un poco delante respecto a Hal, siempre atisbando con recelo. Cuando llegaron a un dormitorio respiró aliviado. Cerró con llave y dijo:
—A bordo de esa pequeña nave, que partió ayer inesperadamente tripulándola el señor Marell en solitario, vienen ahora dos personas. No sé dónde demonios el señor Marell ha recogido ese pasajero, pues no ha tenido tiempo a descender en ningún planeta.
—¿Por qué salió Ruben de viaje?
—¡Qué sé yo! Fue algo inesperado. Todos estábamos alarmados y Ben iba diciendo por ahí que el jefe se había perdido en el espacio, ya que no es normal que durante un vuelo experimental no se comunique su posición durante más de diez horas. ¡Y lleva casi un día completo!
—¿Se lo ha comunicado a Benjamín Duarte y a Iris?
—No —Peter movió la cabeza angustiado—. El señor Martell me exigió silencio total acerca de su vuelta. Cuando le pregunté si podía informar a Ben o a su esposa, me rugió un estentóreo no.
—¿Cuándo llegará Ruben?
—Creo que dentro de unos minutos. Lo he dispuesto todo para que nadie, excepto yo y los dos hombres de la torre de control lo sepan.
—¿Son de confianza esos hombres? Peter le miró ofendido.
—Los miles de hombres y mujeres que trabajamos aquí somos fieles al señor Marell, aunque no puedo decir lo mismo de ese grupo que Benjamín contrató como tripulación del Quasar I.
—Quisiera ir con usted a recibir a Ruben...
—No, no puede ser. Yo no tuve tiempo de decirle que usted

llegaba. El señor Marell decidirá cuándo quiera verle a usted.
Hal abatió los hombros.
—Está bien. Esperaré aquí.
Peter abrió la puerta y dijo antes de cerrarla: —Le informaré lo antes que pueda.
Cuando se hubo quedado solo, arrojó sobre la pequeña cama la reducida valija con la que había viajado desde el astropuerto en la superficie. Los transbordadores no admitían mucho peso y él tenía que pasar como un obrero que volvía al trabajo después de unos días de descanso.
Resopló, un poco molesto. El dormitorio era reducido y él siempre había sentido un poco de claustrofobia por los espacios reducidos. Y si la espera iba a prolongarse... —Podemos charlar mientras tanto, —escuchó una atiplada voz detrás suya.
Se giró bruscamente y a punto estuvo de resbalar de la cama. De todas formas quedó en una postura un poco forzada y ridícula.
Miró con ojos muy abiertos a la niña, que con una manita intentaba ocultar su risa.
—Rose —consiguió susurrar mientras se incorporaba.
—Hola. Siento haberte asustado. Estaba por ahí, pero sentí tu presencia, salí de mi escondite y decidí esperar en tu compañía el regreso de Ruben.
—Demonio de niña —gruñó quedamente Hal—. Tú no has llegado hasta aquí en una nave como yo. Te dejé en la Tierra. ¿Es que has llegado hasta aquí con solo desearlo, con el poder de tu mente?
—No vengo de la Tierra ahora —respondió Rase haciendo un mohín.
—Ya. ¿De Marte?
—No. De Khrisdall.
Y Hal sintió mareos. No sabía dónde estaba aquel planeta, pero suponía que debería hablar de algunos parsecs como mínimo para imaginárselo en algún lugar escondido en la galaxia.

* * *

Hal se alegró que en aquellos momentos transcurriese en el astillero el periodo de descanso y no se veía un alma por dependencias y corredores. El hangar donde el Quasar O había entrado estaba solitario. Así, nadie pudo ver su gesto de abrumadora incredulidad cuando vio descender de la pequeña nave a Ruben, que daba la mano a una mujer morena, menuda y bonita, de grácil figura.
—Señor... —empezó a decir, pero sin saber qué añadir.
—Gracias por todo, Lang —dijo Ruben. Ante la sorpresa del muchacho, le arrebató el arma de reglamento que llevaba en el cinturón—. La necesito ahora. ¿Dónde está Benjamín Duarte?
—Supongo que en su dormitorio, señor —Peter titubeó—. Acaba de llegar el señor Hallison.
—¿Hal? ¿Qué demonios hace aquí? El día antes de partir de la Tierra me volví loco buscándole. Parecía haberse escondido en el infierno...
—Está ansioso por verle, señor. Nadie sabe que está aquí.
Me habló desde Marte y me suplicó que no dijera nada a nadie, excepto a usted. Claro que entonces no me atreví a decirle que estaba usted perdido en el espacio...
—Vaya a buscarle y guíelo hasta mi estudio. Allí nos reuniremos.
Peter miró con recelo la pistola que empuñaba Ruben. —No se preocupe por mí, Peter. Iré en unos minutos a reunirme con ustedes.
Cuando Peter se hubo marchado, Ruben dijo a Flavia: —Acompáñame. Buscaremos a Ben. También Iris tendrá que decirme algunas cosas que no comprendo. Cuando estemos todos reunidos tendremos una interesante charla que desvelará muchas incógnitas.
La tomó de una mano y la condujo por largos corredores.
A medio camino, la muchacha se retuvo un poco y él se volvió para mirarla.
—¿Qué te pasa?
Ella enrojeció levemente. —No vayas, Ruben.
—¿Por qué? Ya estamos ahí. Al otro lado está el dormitorio de

Ben. Luego buscaremos a Iris —rió sordamente—. ¿Sabes que mi mujer tiene un despertar endiablado?
Ella se zafó de su mano y Ruben, perdiendo la paciencia, aligeró el paso.
Llegó ante la puerta cerrada del dormitorio de Ben y la abrió violentamente.
Se quedó de una pieza en el dintel. Olvidó que llevaba un arma en la diestra. Se acordó de ella cuando el frío metal estuvo a punto de resbalarse de entre sus dedos.
Sus ojos estaban fijos en las dos figuras que se agitaban en el lecho, bajo la luz rojiza. La espalda sinuosa de Iris se balanceaba sobre el cuerpo tendido de Benjamín. De pronto ella se alzó y lo montó, echando hacia atrás la cabeza y gimiendo de placer.
Entonces los dos amantes parecieron darse cuenta que no estaban solos y se separaron. Ella gritó y de los labios de Ben sólo surgió una corta maldición.
Ruben levantó muy despacio el arma. Notó detrás suya la presencia de Flavia su espalda.
—No temas, pequeña —dijo dirigiéndose roncamente a la chica de Khrisdall—. No vaya cometer la estupidez de matarlos aquí mismo. Hubieras cometido una equivocación impidiéndome descubrir esto. He estado ciego mucho tiempo, pero no hubiera podido sospechar que Iris y Ben...
—Eran amantes desde mucho antes que te casaras con Iris —dijo Flavia.
—Mal me consuelas —gimió Ruben.
—No son hermanos. Ben se llama Loren, no Duarte.
Ruben entornó los ojos. Flavia podía pensar que aquella revelación podía atenuar su angustia y rabia, pero no era así.
—Vestíos y seguidme —dijo a los dos.

* * *

Iris, muy pálida, se había puesto una túnica y Ben los pantalones cortos, como era usual en el astillero, y una camisa de seda. Ambos pasaron delante de Ruben sin mirarle, y él les

advirtió:
—Llevaré la pistola guardada. Podemos cruzarnos con alguien y no deseo que esto sea público... por el momento. Vamos, seguid caminando. A mi estudio. Allí lo aclararemos todo.
—Lo que hemos hecho no te da derecho a tratarnos así —dijo Ben sin volverse.
—No pienso acusaros de lo que habéis estado haciendo a mi espalda, sino de intento de asesinato.
—Estás loco...
—Podré probar que tú manipulaste el Quasar 0 desde aquí y me lanzaste al Sol.
Ruben calló. Por el pasillo, en dirección contraria, se acercaba alguien. Intentó reconocerlo. Por aquel sector sólo podía circular el personal especializado. El rostro de aquel hombre no le resultó familiar, pero no dio importancia al hecho.
Empero, Goldkent cruzó una mirada de complicidad con Ben que él no descubrió.

CAPÍTULO VIII

Los minutos que Ruben necesitó para recorrer los pasillos que le separaban de su estudio desde la sección de dormitorios acrecentó su cólera.
De un brutal empujón introdujo a Benjamín dentro de la espaciosa estancia. Con Iris estuvo a punto de hacer lo mismo, pero se contuvo cuando su mirada se cruzó con la de Flavia.
Ante la llegada abrupta, Hallison se volvió alarmado. Desde el fondo del estudio, Peter Lang parpadeó sin comprender lo que sucedía. La pequeña Rose se dirigió a Flavia, cogiéndola por las manos y comportándose con ella como si acabasen de encontrarse después de una corta ausencia.
—Hola, Flavia. La familia está bien. Traigo recuerdos de ellos para ti. Desean verte pronto.
Ruben tuvo que sacar la pistola que llevaba oculta y sujetarla con las dos manos. Allí tenía al segundo personaje de sus atormentadores sueños, la niña de rostro inocente y sonrisa

cautivadora.
—Volveremos pronto, querida —sonrió Flavia—. Creo que esto está a punto de solucionarse.
Y miró a Ruben como preguntándole si él estaba dispuesto a desistir de sus propósitos.
—Señor Lang —dijo Ruben a su ayudante—, quiero que avise a las autoridades de Marte, que envíen algunos inspectores lo antes posible.
Apenas se hubo marchado Peter, Iris, desafiante, preguntó:
—¿De veras piensas que con tan débiles pruebas conseguirás algo, querido Ruben?
—Os estoy acusando de intento de asesinato...
—Bah, estás ofuscado y no piensas coherentemente —rió Iris, sentándose sobre una mesa y cruzando las piernas ostensiblemente—. Ni siquiera tendrás un divorcio fácil. Mis abogados se encargarán de despellejarte vivo.
Ben se puso al lado de la mujer, intentando adoptar también una postura de seguridad, que Ruben no apreció por ninguna parte.
Hal se acercó a su amigo. Se saludaron con la mirada. El doctor tosió levemente y dijo:
—Creo que yo puedo decir algo al respecto. Mientras esperaba con Rase me he enterado de muchas cosas. Por ejemplo, Iris y Ben no son hermanos. Ella se llama verdaderamente Duarte de apellido, pero él es Loren. Por lo tanto ya tenemos una acusación en firme: falseamiento de personalidad, usurpación y qué sé yo.
—Lo sé. Flavia me lo dijo cuando los descubrí... —se calló al recordarlos en la cama—. Pero no será difícil demostrar que Ben quiso asesinarme.
Iris miró a Flavia y luego a la niña. Lo hizo como si de pronto se diera cuenta de la presencia de ambas.
—¿Qué hacen aquí y quiénes son?
—Son las que conocí en mis sueños. Te lo conté la primera vez, cuando nos conocimos. Pero el segundo, hace unos días, te lo oculté.
Iris abrió la boca.

—¿Realmente existen?
—Indudablemente —intervino Hal—. Y aquel planeta de clima brusco también existe. Con tus datos, Ruben, lo localicé con la ayuda de un amigo que trabaja en el departamento Galáctico. Se llama Obrunko y aún no está colonizado, precisamente por su molesto clima.
Flavia miró a Ruben.
—Es cierto. Mientras tú dormías Rose te trasladó a él.
Está a sólo seis años luz de la Tierra y eso, para ella, es un juego.
—¿Por qué esa comedia? ¿Por qué no me visitasteis en mi despacho y me dijisteis que no hiciera caso a las proposiciones de Benjamín?
—Cometimos un fallo, Ruben —dijo Rase volviéndole la mirada, como si sintiera aún el error cometido—. Cuando salimos de Khrisdall tuvimos que viajar en el espacio-tiempo y nos retrasamos tres años. Tú apenas conocías a Iris y todavía no sabías que ésta tuviera un amante, que más adelante, una vez casada contigo, te presentaría como un hermano.
—Y repetisteis el sueño tres años más tarde...
—Eso es. Te estudiamos y conocíamos tu personalidad.
Harías más caso a los presagios de una pesadilla que ante una serie de argumentos. Creímos que ante la verosimilitud del sueño desistiría de viajar a las coordenadas de Khrisdall, desechando los deseos del falso hermano de Iris.
—Pero no fue así totalmente...
—También nosotras nos equivocamos —rió Rose.
Ruben empezó a sentir que le dolía la cabeza. .
—Por los dioses que aún no lo entiendo todo. Decidme —dijo dirigiéndose a las dos mujeres de Khrisdall—: ¿Por qué no queréis que se desvele el secreto de la situación de vuestro mundo?
La risa nerviosa de Ben le hizo volverse.
—¿Es que eres tan ciego que no lo comprendes? Ese secreto me lo confió un moribundo que logró descifrar los registros mentales de Flavia, cuando fue interrogada por un sicario de un maleante llamado Golden. Desde entonces decidí ir allí, pero

necesitaba dinero o una nave muy veloz, la mejor de la Galaxia.
La mirada conturbada de Ruben pasó a Iris, esperando de ésta ahora el resto de la explicación.
Ella no se hizo esperar. Dijo:
—Ben me propuso que te enamorase. Soy una consumada actriz y no me costó mucho que te casaras conmigo. Necesitábamos tu fortuna. Nuestra idea original era que más tarde tú pidieras el divorcio y con la indemnización alquilar una nave. Pero cuando supe que estabas construyendo una con un sistema de impulsión revolucionario, de acuerdo con Ben cambiamos los planes. Te lo presenté como mi hermano y él se ganó tu confianza y más tarde te propuso ir a descubrir el legendario Khrisdall.
Ruben asintió. No era preciso que Iris siguiese hiriéndole con su relato. De regreso de Khrisdall los amantes se las ingeniarían para provocarle y conseguir el divorcio. El descubrimiento del planeta les haría inmensamente ricos a todos y...
—¡No! —gritó Rose—. No es cierto lo que piensas, Ruben.
—¿Acaso me lees el pensamiento? —preguntó él irritado. La niña se ruborizó.
—No me gusta hacerla ni es mi costumbre. Pero incluso tu rostro estaba expresando lo que pensabas —señaló con su dedo a la pareja—. Ellos te habrían matado durante el regreso, se habrían quedado con todo.
—¿Qué pensabas obtener dando la publicidad a la Galaxia de la situación de Khrisdall, Iris?
—¿Quién te ha dicho que nosotros daríamos la noticia? —exclamó ella—. Realmente eres un idiota, Ruben, al no pensar en las fabulosas consecuencias y beneficios que abríamos obtenido Ben y yo.
—Está claro —dijo Flavia acercándose a Rose por la espalda—. Ellos habrían intimidado a la población de Khrisdall. Habrían exigido a mis compatriotas, a cambio de no hablar, unas ayudas enormes. Ayudas mentales, por supuesto.
—¿Con qué fin?
—Poder. Habrían sido poderosos con el respaldo forzado de

mis conciudadanos y...
Escucharon ruidos cerca de la entrada del estudio. Una luz fuerte, que los cegó a todos estalló en el centro de la habitación.
Ruben parpadeó y vio entre destellos como Elvira y Rose caían lentamente al suelo. Vio que el hombre con quien se cruzaron por el pasillo se dirigía hacia Ben e Iris y después de agarrarles les sacaba del centro de la estancia.
Otros hombres entraron. Usaban máscaras y arrojaron más bolas de luz que eclosionaban en el aire de forma silenciosa.
Quiso ir hacia las dos aborígenes de Khrisdall cuando tropezó. Vaciló y se sintió falto de fuerzas. Escuchó a Ben gritar a los hombres que habían irrumpido:
—¡Matadlos a todos, sobre todo a esas mujeres!
Con los ojos irritados, Ruben empujó a Hal, que cayó detrás de un butacón. Se cruzó con un hombre y le propinó un golpe, al tiempo que por atrás recibía un brutal mazazo en la espalda.
Cayó de rodillas y desde el suelo vio como la pequeña se alzaba penosamente. Todos habían salido del estudio, excepto los que con su orden había Ben condenado a muerte.
Un hombre estaba junto a la salida, con su máscara y lentes protectoras. Estaba disponiendo un láser de gran potencia. Lo hacía calmosamente, seguro de que nadie podría impedirle consumar el mandato recibido.
Corno si estuviese viendo un viejo filme proyectado a cámara lenta, Ruben lo presenciaba todo sin poder moverse, colérico de impotencia. Se volvió para gritar a las de Khrisdall que se retirasen. Pero Rose, por el contrario, se adelantó un paso. Parecía mareada y sus movimientos eran vacilantes.
Entonces la niña alzó una manita y el hombre que iba a dispararles saltó bruscamente y se golpeó contra el techo. Soltó el arma y segundos más tarde caía sobre ella, inconsciente.
Antes de perder totalmente el sentido, Ruben vio que Rose se deslizaba por el respaldo de un sillón y caía medio sentada, junto a su amiga Flavia.

* * *

—¿Ha sido preciso tomar militarmente el astillero? —preguntó con malestar Ruben, mirando al legislador Parker. — Una medida de precaución, señor Marell —suspiró Parker.
Sentóse detrás de la mesa de trabajo de Ruben y cruzó los dedos indolentemente.
—Bien, Parker, dinos de una vez por qué estás aquí —le espetó Hal.
De soslayo miró a Flavia y Rose, ambas sentadas en un rincón, muy juntas y con las manos entrelazadas.
Parker había tenido sumo cuidado en que sus hombres y los soldados no las perdieran de vista. Ante el hecho, Hal no pudo por menos que sonreír, pensando que cuando lo quisieran, las dos de Khrisdall podían largarse de allí. Si todavía no lo habían hecho podía ser porque aún había llegado el momento. Debían estar esperando algo o todavía guardaban un as en la manga.
El legislador había dejado fuera del estudio de Ruben a sus sicarios. Miró a los reunidos uno tras otro, como si quisiera profundizar en sus pensamientos. Pero al llegar a la chica y la niña, parpadeó y no alargó sobre ellas sus inquisidores ojos.
—Hallison, después de la conversación que tuvimos me quedé muy pensativo y medité. Te hice vigilar, y cuando me informaron que habías partido hacia Marte en la nave Galka. ¿Por qué? Me lo pregunté varias veces. Te asocié con Ruben Marell y sus proyectos secretos. Naturalmente, no olvidé a Khrisdall.
»Después de mover unos hilos decidí venir aquí. Al desplazarse el asunto fuera de la Tierra debía intervenir mi departamento. Ya no era asunto de Interior, sino mío.
»Lamentablemente he llegado tarde. Cuando arribé al astillero el Quasar I había partido —miró a Ruben—. Y usted me dice que su esposa le ha engañado con un tal Benjamín, que hacía pasar por su hermano. Ben Loren es un sujeto que mi colega del Interior quería echarle el guante desde hace años, pero siempre se escabullía. Usó muchos nombres y desde hace poco tenía una obsesión: buscar dinero para financiar una expedición a un lugar desconocido de la Galaxia —sonrió—. Al

parecer lo consiguió, ¿no?
—Sí —asintió Ruben lúgubremente.
—En cierta forma usted es responsable, señor Marell.
Ruben soltó una exclamación y Hal frunció el ceño, diciendo:
—¿Por qué? No lo puedes acusar de nada:
El legislador señaló a las dos féminas de Khrisdall.
—Si supiéramos cómo es la sociedad de Khnsdall... Pero nada sabemos. Sin embargo suponemos que Ben e Iris tienen sus planes. Disponen de una tripulación de facinerosos, capaces de todo. Y llevan armas.
—No tenía ninguna noticia de ello... —empezó a decir Ruben.
—Pues es cierto, —y el legislador se pasó la mano por sus cabellos blancos—. Embarcaron secretamente armas en el Quasar I. Incluso consiguieron una bomba neutrónica de gran potencia, capaz de arrasar un mundo como Marte. ¿Comprenden algo ahora? Ben piensa extorsionar a los habitantes de Khrisdall para culminar sus planes, que aunque no sabemos cuáles son, lógicamente serán para acumular poder y poner en peligro la Galaxia controlada por el Orden Estelar.
—Lo pintas muy tétrico, Parker —dijo Hal empezando a sonreír.
—Pues no lo es —se volvió hacia Ruben—. ¿Puede usted ponerse en comunicación con el Quasar I o hacerla volver?
Ruben bajó la cabeza y se encogió de hombros.
—Imposible. Hace quince horas que partieron, después de dominarnos. Ese navegante llamado Goldkent y algunos tripulantes. Con el Impulso Constante pueden estar en estos momentos a varías parsecs de distancia. ¿En qué dirección? nadie puede saberlo.
El legislador le hizo callar con una mano y luego con la otra señaló acusadoramente a Flavia y a Rose.
—Ellas sí lo saben. Sin las coordenadas de Khrisdall que Ben piensa que son ciertas, ellas pueden decimos cuáles son y podremos enviar naves en su busca, capturarlos y devolver los a la Tierra bien maniatados. En pocos minutos puedo pedir al Alto Mando del Orden que envíe una flota para capturar o destruir el Quasar I.

Todos miraron intrigados a los aborígenes de Khrisdall expectantes.
Ruben apartó los ojos de ellas y Hallison les sonrió. Cuando Flavia, decidida habló, él respiró aliviado.
—No puedo decirles nada.
Era lo que Hal esperaba.
Furioso, Parker se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió vieron varios soldados uniformados de verde y negro al otro lado. Dijo desde allí:
—Están arrestados todos. Pediré instrucciones a la Tierra, y si se me conceden poderes, utilizaré lados los medios para que al menos la mujer nos revele lo que consideramos de vital importancia para la supervivencia del actual *status quo* galáctico.
Cerró de un portazo.
—No les digas nada, Flavia —pidió Hal sentándose al lado de la mujer.
La miró a los profundos ojos verdes, extasiándose en ellos, en su profundidad.
—¡Claro que no diremos nada! —exclamó Rase arrugando su naricilla.
Hal tomó una mano de Flavia. Lo hizo temiendo que ella la retirase apenas la rozara.
—Sé que tanto Ruben como yo no debemos temer por vosotras porque cuando queráis podéis marcharos de aquí —tragó saliva y preguntó—: ¿No es cierto?
Flavia asintió y Rase guiñó un ojo.
—¿Qué esperáis entonces? —preguntó Ruben.
—Queremos que uno de vosotros nos acompañe.
—¿Acompañaras a... —Hal titubeó y añadió con dudas—: Khrisdall?
—No. A la nave Quasar I.
—¿Para qué?
—No conocemos bien su interior. Alguien nos debe guiar por ella.
Aquella respuesta fue como un duro golpe para Hal, quien dijo:
—Entonces debe ser Ruben quien vaya. El la conoce. Flavia

apretó la mano de Hal.
—Me hubiera gustado que tú...
—Podemos ir los cuatro —propuso Rose.
—¡Rose! —protestó Flavia—. Incluso para ti sería excesivo el traslado de tres personas, además de tu persona...
Como una niña ofendida porque un mayor dudara de sus habilidades, Rase chilló:
—Puedo hacerlo, puedo hacerlo.
—Si Rose puede llevarme —empezó a decir Ruben— yo podría al menos apoderarme del pequeño Quasar 0, que se llevaron a bordo. Podríamos regresar en ella y...
—No te preocupes por el regreso, cuando todavía no hemos llegado —dijo Hal, empezando a calcular en aquel momento el alcance de la aventura que iban a comenzar.
—Ahuyenta tus temores, Hal —le animó la niña—. ¿Estáis dispuestos?
—¿Es que vamos a irnos ya? —titubeó Hal—. ¿No tenemos que salir a un espacio más abierto o...?
Flavia soltó una corta risa y le miró dulcemente. Parecía contenta de que Hal fuese con ellas.
—No te asustes. Si Rose dice que es capaz, será así.
—¿Tenemos que hacer algo, tomamos de las manos?
—Nada de eso. Déjala —dijo Flavia.
Entonces fue él a retirar su mano que apretaba la de Elvira, pero ella no lo dejó.
Vio que Rose entornaba un poco los ojos. El último pensamiento de Hal en el astillero fue que le hubiese gustado ver la cara de Parker cuando volviese al estudio y lo hallase vacío.
Claro que también dejó de estar a pocos kilómetros de Marte imaginándose su cuerpo cruzar en unos segundos, o menos, docenas de persecs hasta alcanzar la nave fugitiva.

CAPÍTULO IX

Lo primero que a Hal se le ocurrió preguntar fue: —¿Cómo lo

has hecho?
Estaba en una estancia sumida en penumbras. Al fondo divisaba un tenue puente luminoso rojo. Tal vez un piloto colocado sobre alguna puerta.
Giró la cabeza. Detrás de él todo era oscuridad. Cuando habló lo hizo pensando que Flavia estaría a su lado.
Se asustó cuando no la vio.
Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra empezó a distinguir los contornos y comprendió que se hallaba en la sentina de una nave. ¿Del Quasar I?
Se agachó y avanzó unos metros arrastrándose por el suelo metálico. Dio la vuelta a los estantes repletos de cajas metálicas sujetas con flejes y miró por el siguiente recodo.
Deglutió trabajosamente, hasta el extremo que le dolió la garganta. Más allá, a unos diez metros, sobre una rampa de lanzamiento, estaba la pequeña nave Quasar 0. La reconoció en seguida porque en una ocasión Ruben le mostró unas maquetas de lo que era el diminuto prototipo y lo que iba a ser la nave mayor.
No podía tener ya la menor duda de que las dos aborígenes de Khrisdall habían logrado lo que se habían propuesto. Pero ¿dónde estaban ellas?
¿Acaso había surgido algo imprevisto y se habían separado después del fabuloso salto mental por el espacio?
Recordó su vacilante pregunta. Le habría gustado que Flavia estuviese a su lado para contestársela.
Sintió el roce de algo sobre su hombro y se volvió pegando un brinco. Vio muy cerca del suyo el rostro de Flavia. La luz roja la iluminaba desde atrás y parecía formar alrededor de su cabeza un extraño halo.
—Flavia, me has Jada un susto...
—Lo siento, pero aparecí lejos. ¿Estás bien? —se señaló y resopló—. Cuando me preguntaste me sirvió tu voz para localizarte.
—¿Dónde están los demás?
—No te preocupes. Esta bodega es grande. Se reunirán pronto. Ya he contactado con Rose y ella esta cerca de Ruben. Lo

traerá aquí.
—Aún no puedo creerlo —musitó Hal.
—Mientras esperamos puedo calmar tu curiosidad. Rose necesitaba una persona que visualizara el interior de la nave con un mínimo de detalles.
—Esa persona tenía que ser Ruben.
—Desde luego. Rase recorrió la mente de Ruben hasta que vio en ella, como una fotografía, esta bodega.
—¿Por qué precisamente esta oscura bodega?
—No podíamos aparecer en medio de algunos tripulantes, ¿no? —sonrió Flavia.
—Tienes razón. Ha sido una pregunta estúpida. Sigue.
—Es casi todo. Cuando, Rase fijó con un mínimo de seguridad este lugar. Hizo trabajar su poderosa mente y nos trasladó a todos aquí. Pero al materializarnos su control nos dejó libre, y todos hemos aparecido un poco distanciados.
—¿Cuánto tiempo ha necesitado Rose para hacer esto?
—Oh, eso es imposible de calcular. Segundos, creo.
—He leído algo acerca de los paranormales, pero nunca creí que fuesen capaces de realizar esta proeza. ¡Alcanzar una nave que viaja a mayor velocidad que la luz!
—¿Por qué supones que el Quasar I viaja ahora dentro del hiperespacio a velocidad superior a la de la luz?
—¿No es así?

—Eso sería imposible, incluso para Rose de conseguir. El Quasor I lleva unos minutos orbitando alrededor de Khrisdall. Hace unas horas que llegó a nuestro sistema planetario después de abandonar el hiperespacio.
—¿Cómo hemos tenido tanta suerte? En el astillero Rose no podía saber cuando usó su mente que el Quasar I ya estaba en el espacio normal...
—No lo sabía. Sólo acondicionó sus deseos para entrar en él cuando se hallase en estas condiciones. Seguramente existían entonces unas horas o días de diferencia subjetiva.
—¿Es que también hemos viajado por el tiempo?
—Indudablemente. Pero eso podemos preguntárselo más tarde a Rose, aunque te aconsejo que no lo hagas porque a ella no le gusta responder a cosas que no entiende.
—¿Que Rose no entiende profundamente lo que hace con su mente? Creo que voy a volverme loco. —Tomó a Flavia por el hombro, mirándola fijamente. Incluso en aquella penumbra los ojos verdes de la chica parecían refulgir—. ¿Todos en Khrisdall sois iguales?
—No. Por ejemplo, yo soy de las más torpes —rió—. Y Rose pertenece a la nueva generación, con unos poderes que incluso sorprenden a nuestros mayores. Por eso a ella la comisionan de vez en cuando para que se traslade a otros sitios de la galaxia para impedir que nuestra localización sea conocida. Claro que como es una niña la acompaño yo para cuidar de ella.—Se volvió hacia el fondo de la bodega y dijo—:
Ya vienen.
Hal se pregunto si era Flavia quien cuidaba de Rose o viceversa. Miró hacia donde señalaba la chica y no vio a nadie. Cuando transcurrieron unos segundos vio aparecer a la niña seguida de Ruben.
Encontró a su amigo un poco turbado, como salido de un sueño pesado.
Flavia susurró al oído de Hal:
—Rose dice que ella le ha explicado a Ruben todo lo que yo te he dicho ahora debemos idear un plan.

* * *

Iris volvió la espalda a la pantalla donde se proyectaban las imágenes que enviaba el aparato sonda que sobrevolaba la superficie del planeta alrededor del cual orbitaban desde hacía varias horas.

Miró con gran irritación a Ben.

—¿Estás seguro que esta porquería de mundo es Khrisdall? y señaló la pantalla. Allí parecía deslizarse lentamente una superficie rugosa, rojiza y carente de cualquier signo de vegetación.

Estaban en el puente de mandos. El navegante Goldkent emitió un gruñido desde su asiento ante los paneles de control. También parecía disgustado y contrariado con las imágenes que desde hacía un rato estaba enviando el pequeño cohete sonda.

Imperturbable, Benjamín Loren se dirigió al computador.

Apretó unos botones y puso las manos en jarras mientras esperaba la respuesta a los datos solicitados.

Detrás de él, la rabia de Iris parecía aumentar.

— Te he hecho una pregunta, Ben. ¡Y quiero que me contestes! Estoy pensando que he sido una estúpida al creer estos años tus promesas. ¡Te engañó aquel tipo que le vendió las coordenadas! ¡Eran falsas! ¿Es que aún no te has convencido?

Pausadamente, sin volverse para mirarla, Ben respondío: —No. Y deja de gritar como una histérica.

—¿Histérica yo? Dirás que estoy intentando ver lo que va a pasamos. No podemos volver a la Tierra. No puedo presentarme delante del tipo que ha sido mi marido durante tres años y con el cual me he estado acostando, soportándolo. ¡Puede conseguir un divorcio que no le costará un céntimo! Yo pude lograr una vida cómoda a su lado, pero ya es demasiado tarde y…

—¡Cállate de una vez, maldita sea! —gritó Ben tirando de una cinta de la computadora—. Estoy cansado de escuchar tus lamentos. Y no te quejes por el papel que has representado.

Aquel tipo no era tan desagradable y seguramente no lo pasaste tan mal con él haciendo el amor, aunque tú me asegurabas que sólo gozabas conmigo, que estar con Ruben era una desagradable exigencia.
—Escucha, Ben —dijo Iris silabeante, intentando serenarse—. No perdamos la calma. Ese mundo que tenemos ahí abajo no puede ser el legendario Khrisdall. ¡Es una mierda de planeta! Reconoce que te has equivocado y regresemos. Todavía podremos obtener algún dinero vendiendo esta nave en algún mundo no controlado aún por el Orden Estelar...
—Debería abofetearte —dijo Ben mostrándole la cinta de la computadora—. Esas imágenes nos están engañando.
—¿Qué quieres decir?
—Que los habitantes de Khristall saben que estamos aquí.
Pretenden que pensemos que estamos ante un mundo moribundo, sin apenas oxígeno, para que los larguemos. Pueden engañar nuestros ojos, pero no a una computadora que está analizando químicamente lo que el cohete sonda registra.
Iris miró la cinta que blandía Ben.
—¿No es cierto lo que vemos, un mundo desierto castigado por vientos huracanados?
—Claro que no. La computadora dice que estamos ante un planeta tipo Tierra, un vergel —rió Ben—. Es Khrisdall, Iris.
Ben manipuló de nuevo en la computadora. Una pequeña pantalla que había al lado de ella se encendió y él explicó: —Ahora veremos la versión electrónica de las imágenes que nos envía el cohete sonda y que los de Khrisdall nos están cambiando. Observa.
En la pequeña pantalla apareció una especie de copia electrónica del árido paisaje que mostraba la otra. Aunque era un poco extraña la imagen, a base de diminutos cuadros de vivos colores, Iris pudo comprender que estaba viendo algo muy distinto. Podía interpretarlo como una serie de valles de lujuriante verdor, cruzados por infinitos ríos de cristalinas aguas.
Ben la vio palidecer.
—Estoy asustada, Ben —dijo Iris—. Si son capaces de

hacernos ver un desierto donde no lo hay... Ellos son muy fuertes. Pueden destruirnos...

—No, nada de eso. Los habitantes de Khrisdall odian la violencia. Nunca atentarían contra nuestras vidas. —Rió estentóreamente—. Podemos abusar de nuestra posición. Y lo haremos ahora mismo, antes que puedan reaccionar, cuando todavía piensan que nos están engañando y en cualquier momento nos marcharemos pensando que esta porquería no es lo que buscamos.

Ben hizo una señal a Goldkent.

El navegante titubeó unos segundos, pero ante la insistencia de su jefe, abrió un panel con una llave y apretó un botón rojo.

—Ya está —dijo Ben—. Hemos puesto en órbita cerrada la bomba neutrónica. Ahora Khrisdall está bajo nuestro poder. Sólo esperaremos un tiempo y nos pondremos en contacto con ellos. Usaremos el comunicador láser. Supongo que dispondrán de algo semejante para establecer el diálogo.

Iris frunció el ceño.

—Si son tan poderosos... Pueden anular la bomba. Ben soltó una carcajada.

—Llevo mucho tiempo pensando en este asunto querida.

No podrán hacer nada. ¡Los tenemos en nuestras manos!

* * *

Rose estaba de cuclillas, con los ojos, entornados, cuando los abrió dijo:

—Es verdad. No podremos expulsar la bomba de nuestro hogar.

—Pues no lo entiendo —dijo Ruben—. Pequeña, tú has conseguido algo que todavía casi no creo. ¿Qué problemas existen para que los tuyos no puedan lanzar al infinito un artefacto que apenas pesa dos toneladas?

—No lo sé, de veras que no lo sé, pero no quiero establecer contacto con los míos porque podríamos delatarnos, pero estoy segura que sí una mínima fuerza mental rozase ese artefacto... estallaría.

Hal dijo:
—Benjamín lo ha previsto todo. Sabía a lo que se enfrentaría y ha calculado hasta el mínimo detalle las posibles reacciones de unos seres paranormales.
Ruben, adelantando el mentón y después de un rechinar de dientes dijo:
—Podemos impedirlo. Dejadme que vaya al puente.
—¿Para qué, Ruben? —preguntó melosamente la niña.
—Sorprendería a Ben. Haciéndome con el control del puente ellos no podrán disparar la bomba contra Khrisdall.
—Sería un suicidio —dijo Hal moviendo la cabeza—. Debemos pensar otra cosa más eficaz.
—Vosotros ya habéis hecho demasiado —dijo Flavia mirando con ternura a Hal—. A hora debéis dejarnos a nosotras. Podemos solucionar la crisis.
—¿Es que ya no os servimos: —preguntó Hal indignado.
—Habéis cumplido. Lo principal era mostrar el camino a Rose para que llegásemos aquí —dijo Flavia—. No tenemos derecho a arriesgar vuestras vidas. Este asunto sólo concierne ya a mi planeta y a nosotros, sus habitantes.
—¿Qué sugieres? —preguntó Ruben.
Flavia señaló la pequeña nave Quasar 0 posada sobre la rampa de lanzamiento.
—En ella podrás volver al Sistema Solar. Los dos.
—No sabría encontrar el camino —sonrió Ruben—. No sé donde estoy. ¿Serías capaz de decirme qué lugar de la Galaxia es éste?
—Yo podría confiar en ti, Ruben, pero nuestras leyes nos prohíben decir a nadie dónde está nuestra patria —dijo Rose.
—Entonces ...
—Rose quiere decir que vosotros dentro del Quasar 0 ella os lanzaría hasta unas coordenadas donde os seria fácil encontrar el camino. Desde allí no tardarías ni dos días en volver a Marte, por ejemplo.
—Nada de eso —protestó Ruben—. Esto lo empezamos todos y así lo terminaremos. Además, en cierta forma me considero culpable de la grave situación en que se encuentra vuestro

mundo.
Hal acalló las protestas de su amigo y preguntó mirando a Flavia:
—¿Puedo hablar a solas con Ruben? Claro que debéis prometerme que no leeréis nuestras mentes ni escucharéis.
—No somos maleducadas —dijo Flavia fingiendo estar ofendida.
Cuando los dos hombres se hubieron alejado, Rosa dio con el codo a Flavia.
—Te gusta Hal.
—Eres una niña malcriada —replicó Flavia mirando a los hambres que cuchicheaban lejos de ellas.
—Y Hal está loco por ti —añadió Rose.
—¡Rose! —exclamó Flavia, enrojeciéndose—. Si lo afirmas es porque has leído los pensamientos de Hal y sabes que eso no se hace con los amigos.
La niña agachó la cabeza. Compungida, contestó:
—Sólo fue un poco, apenas hace unos segundos. Lo hice cuando él te miraba como un tonto. Además, cumplí las leyes por ti, porque no hace falta leer tu mente para saber que estás enamorada de ese terrestre.
Los ojos de Flavia se nublaron y replicó tristemente: —Es inútil pensar en eso. Hal se marchará y...
—No querrá irse, seguro —sonrió Rose—. Y te juro que no estoy escuchando nada de lo que dicen, pero seguro que Hal no querrá irse.
Cuando volvieron los dos amigos, Ruben dijo:
—De acuerdo. Creo que es mi deber volver al astillero.
Supongo que el legislador Parker estará un poco furioso. Allí esperaré que Iris y Ben aparezcan algún día en alguna parte de la galaxia.
—Sí, estamos de acuerdo —asintió Hal—. Ruben y yo pensamos que vosotros no os dejaréis sorprender de nuevo como pasó en el astillero, cuando entraron en el estudio de Ruben los hombres contratados por Ben.
Flavia abrió un poco la boca, pero la cerró sin decir nada. Bajó la cabeza y Rose dijo secamente:

—Me alegra que hayáis decidido esto. Debéis marcharos en seguida.
Hal se agachó y preguntó:
—¿Es preciso que estéis cerca para teleportar al Quasar 0 a ese punto donde podremos orientamos?
—No —respondió Rose—. Entrad. Nosotras saldremos de la bodega. Cuando en el puente de mandos se den cuenta que la pequeña nave no está posada en la lanzadera vendrán a investigar.
—Decidnos qué tenéis pensado hacer —pidió Hal, como si quisiera prolongar aquel momento y evitar la despedida.
—Estoy intentando ponerme en contacto con mis agentes —dijo Rose—. Pero tengo que tomar precauciones porque Benjamín Loren puede tener a bordo dispositivos que detecten las emanaciones de un paranormal. Cuando lo consiga tal vez trazaremos un plan conjunto. Nosotras aquí podemos hacer mucho.
—Estamos seguros —Hal quiso estrechar las manos de Flavia, incluso besarla, pero ella volvió el rostro y él comprendió, o tal vez quiso interpretar aquel gesto a su manera—. Suerte.
—Me gustaría volveros a ver —dijo Ruben.
—¿Por qué no? —sonrió Rose—. Es posible.
—Será difícil —contestó con sequedad Flavia, cogiendo a la niña de la mano y alejándose de la entrada que conducía al pequeño hangar donde estaba el Quasar 0.
Hal las siguió con la mirada. Cuando doblaron la esquina, Ruben le colocó una mano en el hombro, diciéndole: —Vamos. Debemos estar a bordo cuando ellas nos envíen al espacio.
—Sube tú —dijo Hal.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Ruben muy sorprendido.
Hal abrazó a su amigo.
—Por favor, no pierdas el tiempo. Ellas no escudriñaron sus mentes lo que hagamos, pero no quiero que sepan que he decidido quedarme.
—¿Flavia?
—Sí, claro. Si estuviera seguro de que me aceptaría, no haría esta comedia.

—Creí que decías la verdad cuando querías marcharte.
—Tenía mis dudas —sonrió Hal—. Pero con su mirada de Flavia sé que ella me quiere..., bueno, digamos que un poco,
—¿Y si te equivocas y no eres aceptado? Será difícil vivir en un mundo de paranormales...
—Pues que me arrojen al espacio, al infierno. Me da igual. Adiós. Ruben.
Emocionado, Ruben se dirigió a la pequeña nave y entró en ella.
Hal le estuvo mirando. Pasaron unos segundos.
De pronto, la nave desapareció.
Hal pensó que su amigo estaba ya a muchos parsecs de distancia. Antes de dos días estaría pidiendo permiso para entrar en el muelle del astillero. Lo compadeció, porque tendría que hablar mucho. El legislador Parker a veces solía ponerse terco y le costaría trabajo admitir las explicaciones de Ruben.
Suspiró y anduvo detrás de los pasos de las dos aborígenes de Khrisdall.
Pero no las encontró por ninguna parte del puente.
Hal experimentó un sudor frío. Ellas no le habían contado cuál era su plan ni tampoco lo que podían hacer respecto a la situación los habitantes del planeta.
Pensó que si bien podían haberse largado de allí apenas la pequeña nave había sido teletransportada, pensando ellas que los dos amigos estaban a bordo.
Se dirigió a la salida de la bodega.
Si Flavia y Rose ya no estaban allí...
Su situación se habría trocado en algo muy peligroso. Solo y sin ayuda, sin armas y con más de una docena de enemigos a bordo.
Aunque no conocía bien la configuración interna de la nave, la lógica podía llevarle hasta donde estaba el puente de mandos.
Sabía que la tripulación era escasa y difícilmente se encontraría con alguien. Con un poco de suerte llegaría hasta el puente sin ser visto. Y una vez allí.
No tenía la menor idea de lo que podía hacer allí, pero algo le decía que era el único lugar donde podía intentar algo positivo.

CAPÍTULO X

Desde hacía unos minutos las imágenes que enviaba el cohete sonda eran muy diferentes a las primitivas.

Ahora podían ver en la pantalla paisajes de esplendoroso verde. Pero no lograban descubrir ninguna ciudad y aquel hecho empezó a intranquilizar a Iris.

—¿Dónde están metidas esas gentes? —mascullló.

—Si son inteligentes no vivirán en ciudades, sino en simbiosis con la naturaleza —dijo Goldkent. Encendió un cigarro y añadió —; Una vez escuché decir a un viejo chiflado que si existía Khrisdall tenía que ser un planeta donde ninguna de las equivocaciones de las civilizaciones humanas se hubiera reproducido. Además, estas gentes no serán más de unos cientos de miles, o tal vez menos.

—Tiene razón —admitió Benjamín—. Dudo que se reproduzcan de forma anárquica. ¿Qué pasa con los mensajes que estamos enviando?

Golkent se encogió de hombros.

—Silencio absoluto hasta ahora —respondió en medio de una nube de humo que hizo torcer el gesto a Iris.

— Ya darán señales de vida —sonrió Ben—. Por el momento han comprendido que no nos han engañado con sus artimañas y ya no se molestan en trocar el verdadero paisaje por uno desértico. Seguramente ahora estarán meditando, harán sus cálculos antes de admitir que no fantaseamos al afirmar que si intentan algo contra nosotros o la bomba neutrónica saltarán en pedazos.

Iris dijo con semblante preocupado:

—De todas formas estamos obligados a ser precavidos.

Esa gente me da miedo. Son mentes poderosas, que no sabemos exactamente hasta qué punto son capaces de actuar. ¿Cómo conseguiremos dominarlos, obligarles a hacer lo que queremos?

—Rehenes, Iris —dijo Ben—. Te lo he explicado cien veces.

Les prometemos dejarles en paz si nos ceden algunos de sus miembros. Durante un tiempo trabajarán para nosotros —sonrió Hal—. ¿Te imaginas lo que podemos hacer con cien o más seres de Khrisdall bajo nuestro control, manipulando las finanzas, la administración e incluso las fuerzas de policía y el Orden Estelar? Ellos controlarán las mentes que deseamos y en poco tiempo nos haremos con un poder inimaginable.
—Espero que no te equivoques —suspiró Iris. Ben se volvió hacia ella con rabia.
—Deja de pensar ya en lo poco que has perdido al lado de ese imbécil de Ruben Marell. Lo que podemos conseguir vale millones de veces más. El minúsculo imperio industrial de Marell será como grano de arena ante nuestras riquezas y poder.
De pronto, Goldkent empezó a gesticular y dijo: —¡Están respondiendo!
Y todos se acercaron al comunicador. Empezó a llegar el mensaje.

* * *

Hal siguió las indicaciones y alcanzó el puente de mandos. Estaba atisbando cuando sintió que una mano se posaba en su hombro y le hacía volverse con violencia.
Vio la cara de un hombre que le miraba sorprendido.
—¿Quién eres...? —le empezó a. preguntar, mientras la mano derecha bajaba hasta el cinto, donde Hal descubrió la pistola enfundada.
No le dejó terminar de hablar. Su rodilla se elevó y le asestó un tremendo golpe entre las piernas. El navegante gimió y se dobló. Hal no era un gran luchador y se dijo que tenía que aprovechar aquella ocasión para terminar de dejarle fuera de combate. Con el canto de la mano le golpeó repetidas veces en el cuello. Temió haberse extralimitado, pero cuando se apropió del arma descubrió que vivía.
Con el láser amartillado entró en el puente.
Allí vio a Iris, Ben y otro hombre, que pronto recordó como el

que vieron en el astillero cruzarse con ellos cuando se dirigían hacia el estudio de Ruben, inclinados sobre un comunicador del cual surgía una voz que decía:
—...Necesitamos tiempo. Estamos estudiando su propuesta.
Ben respondió con firmeza:
—No hay más tiempo. Se les está acabando. Necesitamos una respuesta inmediata. En caso contrario activaremos la bomba y ésta explotará apenas nos hayamos alejado una distancia prudencial. No queremos hacerles daño, pero no obligarán a ello si no acceden a nuestras peticiones. Ya saben cuál es. Acaten nuestros deseos y dispongan que cien de ustedes nos obedezcan durante algún tiempo.
—Necesitamos encontrar voluntarios —respondió la voz—. No podemos obligar a nadie.
—Si no obtienen voluntarios obliguen a los más idóneos.
Y recuerden que mientras tanto la bomba no dejará de volar sobre sus cabezas. Sólo nosotros podemos desactivarla. Les recuerdo que si intentan algo contra ella, física o mentalmente, estallará.
Hubo una pausa y la voz volvió a hablar al cabo de unos instantes, sin mostrar la menor emoción:
—Si hacemos algo contra la bomba ustedes no tendrán tiempo de escapar.
—Corremos ese riesgo —dijo Ben un poco pálido—. Serán nuestras vidas contra todas las de ustedes.
—Nos pondremos en contacto lo antes posible. Esperen, por favor.
—Sólo les concedemos media hora —casi gritó Ben.
—Será suficiente —dijo la voz dando por terminada la entrevista.
Ben se volvió sudoroso para mirar a Iris y a Goldkent.
Dijo:
—Son gente dura, pero terminarán claudicando:
—Esa amenaza... —insinuó Iris—. Tal vez sean unos locos y estén dispuestos a sacrificarse todos con tal de que nosotros les acompañemos al infierno.
—No seas estúpida. Deben tenerle mucho apego a la vida. De

otra forma no se tomarían tantas molestias para vivir alejados de los demás seres humanos.
—Me pregunto si son seres humanos —murmuró Goldkent.
En aquel momento Hal entró en el puente, apuntando con la pistola a los tres ocupantes. No quería esperar más.
—¿Cómo demonios está este tipo aquí? —exclamó Ben al verle, enrojeciendo violentamente y crispando las manos.
Goldkent se apartó del comunicador y movió la cabeza. —Imposible que haya viajado como polizón...
—Dejen de especular ahora —dijo Hal vigilando a los tres.
No pudo evitar que la mano que sostenía el arma temblase ligeramente—. Hagan lo que voy a decirles. Desactiven la bomba.
Iris cambió una mirada de acritud con Ben, quien levantó una mano pidiendo en silente gesto a Goldkent que se mantuviese quieto.
—Amigo —dijo—, no sé cómo ha llegado hasta aquí, pero deduzco que está solo. Por lo tanto, la locura que comete aún tiene remedio.
—Se llama Hallison y es amigo de Ruben —explicó Iris.
—Eso no importa —la acalló Ben—. Imaginemos que nosotros desactivamos la bomba e incluso iniciamos el regreso al Sistema Solar, ¿de acuerdo? Bien, ¿quiere decirme cómo va a vigilamos durante los días que dure su viaje de vuelta? Si ha viajado escondido habrá advertido que hemos necesitado siete días para alcanzar este lejano punto. El Quasar ha tenido que atravesar toda la galaxia para llegar aquí...
Hal parpadeó. ¡Siete días! Rase no sólo les había hecho atravesar la galaxia, sino que les había trasladado una semana en el futuro. Se sintió confundido. Mordiéndose los labios, dijo:
—Ya me ocuparé de ese problema. Ahora desactiven la bomba. Y también dispónganlo todo para marchamos de aquí.
—¿Por qué se arriesga por unos seres que se marginan ellos mismos y no quieren saber nada de sus hermanos humanos? —preguntó Ben amistosamente—. No merecen que usted se preocupe por ellos...
—Es cierto —añadió Iris—. Usted es psiquiatra, señor Hallison,

y una persona sensata. Si ha escuchado algo antes de entrar aquí como un héroe de novela, comprenderá algo. Sabrá que incluso usted podría intervenir en las riquezas que...
—¡Cállese! —gritó Hal, alzando la pistola—. Muévanse y desactiven la bomba...
En medio de su grito escuchó un leve rumor procedente del pasillo que había a su derecha. Cuando se volvió para mirar apenas tuvo tiempo de distinguir la sombra de un navegante que se asomaba. Relució un arma y se apartó en el mismo instante en que su haz de luz cruzó el puente.
Sintió un dolor inmenso en el brazo derecho, un fuego brutal herirle la carne que al mismo tiempo despidió un olor nauseabundo a quemada.
Soltó el arma. Le lloraron los ojos y sosteniéndose con la mano derecha el brazo herido por el láser empezó a correr por el corredor que había a su espalda.
Escuchó pasos detrás suyo, gritos de Ben ordenando al navegante que le había herido que le rematase.
Corrió medio ciego por los pasillos. Escuchó ruidos de pasos delante suyo y torció por la derecha. Casi se golpeó contra una puerta cerrada. Manipuló desesperado el picaporte y ésta se abrió. La cerró y echó el seguro. Entonces parpadeó. Se encontraba en una reducida habitación, de apenas tres metros cuadrados, llena de paquetes y cajas de metal. Era una pequeña despensa, tal vez.
Estaba en una encerrona, sin escapatoria posible.
Sus amigos podían derribar la puerta o dejarle allí hasta que el hambre y la sed le obligaran a salir. O también podían cortar el suministro de aire a la pequeña habitación que se había convertido en su celda.
Escuchó golpes al otro lado. La puerta de acero tenía la hoja delgada y un láser de mediana potencia podría atravesarla. Asustado, se echó a un lado, confiando que el tabique fuese más grueso.
—Vaya, Hal. ¿Te diviertes metiéndote en líos?
Al volverse vio a Rose apoyada contra unas cajas. Parpadeó. Ella no estaba allí cuando entró. Buscó a Flavia.

—No está aquí —replicó la niña—. Se marchó a Khrisdall apenas se marchó tu amigo con el Quasar 0. Claro que Flavia supone que tú también te has marchado. Se alegrará, ¿sabes?
—¿Por qué tú no te has marchado también?
—Lo hice, pero percibí tu presencia a bordo y he vuelto.
Mientras me materializaba he observado todo lo que has hecho. ¿Por qué arriesgaste tu vida? ¿Sólo por Flavia?
Hal no pudo por menos que emitir una sonrisa dolorosa, pese a lo grave de su situación. Pero con Rose allí, sabía que el peligro había desaparecido.
—Y por ti también, pequeña —dijo.
—Gracias —rió la niña—. Ahora debemos marchamos.
—¡No! ¡Tenemos que impedir que esos canallas sigan dueños de la bomba!
—Ea, vamos. Ya está todo solucionado. Mis gentes sólo están tratando de ganar tiempo para engañar a estos malvados. Ahora les estoy diciendo que esperen unos segundos. ¿Estás dispuesto para el salto?
—Rose, Rose, ¿es que no has oído que Ben e Iris tienen los triunfos en sus manos? ¡No podéis hacer nada contra esa bomba con vuestro poder enorme! Apenas la toquéis con energía mental para desplazarla estallará.
Rase se acercó a Hal y le tomó de una mano. Sonriendo, dijo:
—¿Y quién ha dicho que vamos a mover la bomba? Vamos, nos esperan para terminar de una vez con esto.
Y desaparecieron.

* * *

El hombre trajo la noticia a Goldkent.
—Lo tenemos acorralado, jefe. Está encerrado por dentro.
¿Quiere que derribemos la puerta?
Goldkent se encogió de hombros.
—No hay prisa. Podemos esperar. Que alguien lo vigile... No siguió porque escuchó un grito cerca de los indicadores y la pantalla que seguía mostrando las imágenes que enviaba el cohete sonda. Allí estaban Iris y Ben: Cuando Goldkent se

acercó no pudo por menos que asustarse.
La pantalla sólo mostraba un espacio negro, lleno de estrellas.
—¡Khrisdall ha desaparecido! —aulló Ben.
—La bomba... —empezó a decir Iris.
—Sigue en su sitio, como si aún orbitara alrededor de Khrisdall. Es el fin.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Goldkent muy pálido. Torpemente, Ben tuvo aún tiempo de explicar:
—Que al faltarle la masa gravitatoria del planeta el sistema de seguridad actuará en diez segundos y…
Entonces la bomba estalló.

* * *

Hal entornó los ojos ante la fuerte luz del sol. Sintió la mano de la niña en la suya.
Miró en derredor y se extasió ante la contemplación del paisaje. Al fondo había un bosque y el prado estaba cubierto de flores y macizos de extrañas y hermosas plantas.
Casi no vio que un hombre de mediana edad, seguido de varias personas, y algunos niños, se acercaba. Vestía una especie de batín. Llegó sonriente.
—¿Estamos en...? —empezó a preguntar, indeciso.
—Sí, en Khrisdall —asintió Rose—. ¿Te gusta...? Mira, ese hombre es Hodundee, uno de nuestros consejeros. Está al corriente de lo que has hecho y te da la bienvenida. Claro que también te dirá que ya no podrás marcharte de aquí.
Hal aspiró el limpio aire. Sonrió. ¿Acaso sería tan loco de querer marcharse? .
—¿Qué pasó realmente?
—Bueno, como no podíamos mover la bomba, decidimos mover el planeta unas horas en su tiempo. Así, se adelantó en su orbita y dejó atrás la nave Quasar I y la dichosa bomba.
Hal asintió. Ya no podía sorprenderse de nada. La respuesta de Rose le pareció la más lógica que pudiera escuchar. —Pero Iris, Ben y los demás... —empezó a decir.
El llamado Hodundee llegó hasta él y le saludó con una

inclinación de cabeza. Explicó con pesar:
—Lamentablemente, no podíamos evitar que la bomba estallara. Lógicamente la nave también desapareció en la explosión. Queremos darle las gracias por lo que hizo, señor Hallison.
Hal parpadeó. ¿Qué había hecho él?
—Es por lo que intentaste —rió Rose—. Aquí se te reconocerá igual como si lo hubieras hecho tú sólo.
El terrestre deglutió y miró al líder o lo que fuese en aquel planeta.
—Siento importunarles con mi presencia. Hodundee movió la cabeza y sonrió.
—Oh, nada de eso. En nuestra comunidad viven muchas personas que carecen de poderes paranormales y son felices. No se sentirá un extraño entre nosotros.
Tosió ligeramente y dijo a sus acompañantes:
—Sigamos en nuestro paseo. Creo que el nuevo habitante de Khrisdall tiene que ver a cierta persona.
Y se retiraron.
Entonces Hal vio aparecer de detrás de unos macizos de flores a Flavia.
Ella le sonreía mientras se acercaba.
Miró alrededor. Estaban solos. Incluso Rose se había retirado.
Suspiró, pensando que debería acostumbrarse a muchas cosas. Corrió hacia Flavia, ansioso de estrecharla entre sus brazos.
Mientras se fundían en un abrazo creyó escuchar la risita de la niña. Miró de reojo, pero no vio a nadie.

FIN